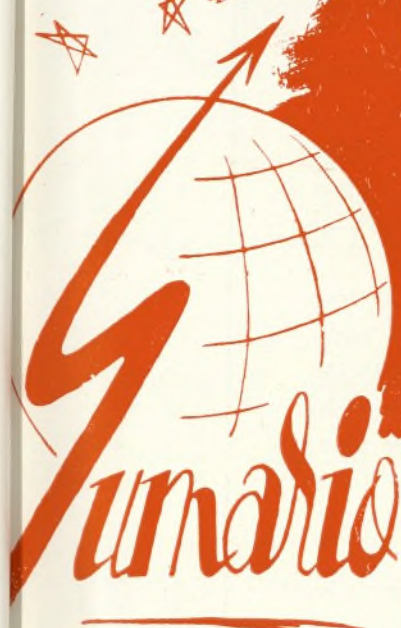


GENIIT

*sociología —
ciencia — literatura*



A. Hernández: 1900-1955:
Mariano Viñuales. — Ma-
riano Viñuales: Dos frau-
des monetarios de Carlos III.—
Eusebio C. Carbó: Proyecciones
del pasado sobre el presente.—
André Prunier: El ejemplo de
Fritz Brupbacher.—Felipe Alaiz:
Una guerrita española.—J. B.
Priestley: Dos charlas en la
B.B.C. de Londres. Los anar-
quistas pacíficos.—Osmán Desi-
ré: Opiniones. Existencia y reli-
gión. — Federica Montseny:
Cuentos de la noche. El perse-
guido.—Dr. Rafael J. Valdés:
Crónica científica. Síntesis de
noticias interesantes. — Angel
Samblancat: Sócrates y la su-
ripanta.—J. M. Puyol: La no-
vela de Salomé.—C. Lizcano:
Del campo manchego.—Ricardo
Mella: Ideario (folletón encu-
adernable).

MARZO
1955

51

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



Avantamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Augusto Renoir aportó al impresionismo su robusto sentido del color y de la vida. Se ha dicho que los dos verdaderos impresionistas fueron, por antonomasia, Manet y Sisley, que Renoir estuvo siempre más o menos influenciado por la concepción artística de Delacroix, al que admiraba y cuya influencia se nota en su obra general.

Pero aquellos que no se han fanatizado por ninguna escuela, han apreciado en Renoir algo que le es propio, inconfundible, y que constituye su principal encanto: la riqueza de matices y la interpretación fiel y ardiente de la carne. El impresionismo, que fué una revolución en el Arte, en Renoir es además una vuelta al culto de la belleza sana, viva, voluptuosa y espléndida. Sus retratos, como sus desnudos, todas las figuras de mujer que de su pincel salieron, respiran la salud, el vigor, la alegría, son magníficas de animalidad y de naturalidad. Y bajo la carne que parece palpitar en sus lienzos, vése la melancolía, el ensueño, la tristeza o la malicia de las almas que animan los cuerpos.

Este delicioso « Retrato », reproducido en nuestra portada, es un exponente del arte de Renoir, hecho de espontaneidad, de natural y de gracia. La expresión pensativa de los ojos, la boca exquisita, el exotismo de la silueta, que parece evocar el Oriente, son simplemente logrados de un trazo maestro de pluma. Es todo el arte de Renoir que en él triunfa y se manifiesta.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año V

Toulouse, Marzo 1955

Nº 51

1900-1955

Mariano Viñuales



N lustra después de doblar el cabo del medio siglo, el poeta nos ha dejado. Y cuando un creador de belleza se va, el vacío que resulta de su partida suele ser desolador, máxime, si añadimos a ello, un temperamento bondadoso e idealista, como era el de Mariano Viñuales.

Cuando el 12 de enero del año corriente se extinguía Viñuales, una azarosa vida sellada con el destino de la adversidad, quedaba atrás. Si, en las retinas del recuerdo, los amigos evocaban al niño, cuyos primeros vagidos, coincidían casi, con el inicio del dramático siglo, cuyo desenlace sombríamente presentimos. Era el Madrid de 1900, verbenero y decidor, pródigo en sáinetes de honda médula humana, inspirador de los maestros Chapí y Bretón—entre otros—; en fin, la villa siempre renovada y cantarina, teatro de la eterna farsa política española, no escasa en asonadas, motines y aires conspirativos, donde nace Mariano. Pero Viñuales no recorrerá las calles de la villa del oso y el madroño; quedará huérfano a temprana edad y un nuevo nombre femenino mecerá, con desvelos y ternura, el retoño matritense: su tía Dominga.

La tierra de las rías y de las brumas, la dulce Galicia, verá surgir un mozalbete soñador, cuyo fino temperamento retendrá el rumoroso cauce galático durante toda su vida, la cual—cruel—dejará trunco el anhelo de un libro que plasme toda la belleza de una tierra y toda la gratitud de un escritor, de un poeta, hacia ella. Conocemos las primicias de «Mi tía Dominga» y sabemos lo que suponía para Mariano Viñuales su terminación. Era un poema en prosa hacia la mujer y la tierra que lo vio crecer.

Pasan los años y dos ciudades forman el diástole y sistole de su existencia: Zaragoza, corazón de Aragón, meta de hidalguía, justicia social y progreso; rasgueo de bandurrias y baladas enmarcadas en la jota bravia, y Barcelona, señora en la protesta, cabeza de dignidad, airón de los derechos humanos ibéricos y proyección al mundo de los deseos del hombre por librarse del tutelaje tradicional. En estas ciudades, Viñuales colabora activamente en los movimientos sociales y su nombre emerge en las columnas de la prensa, donde se acogen con simpatía sus ensayos y artículos, aguijones

dirigidos hacia el Estado y sus satélites. El anarquismo aflora en su ser.

Los deseos familiares de que Viñuales siguiera la carrera eclesiástica, se ven frustrados por el razonamiento de una mente que no tolera las telarañas dogmáticas que impiden un conocimiento o búsqueda racional de la verdad. Empero, asimila las enseñanzas medulares para un conocimiento más cabal de los clásicos: el latín y las raíces. Así, no le son desconocidos—en sus fuentes originales—un Petrarca, un Ovidio o su querido Virgilio, por no hablar de Horacio, o Cicerón o Plutarco. De ahí su latinidad insigne, por lo que tiene de justa y noble. Grande en aciertos y errores, Roma, hija espiritual de Grecia, creadora del derecho, proyecta hacia nosotros su gran caudal generador de civilización. En él bebió Viñuales y a él fué fiel hasta el final. Por ello, su gran preocupación de ser justo en sus apreciaciones y siempre propicio al fallo absolutorio y clemente, en todo lo que no afectara a sus integérrimas convicciones libertarias, que no hacían sino confirmar su grandeza en el pensar.

En tierras dominicanas y posteriormente—hasta el fin—en México, la pluma de Mariano Viñuales se mantiene activa. En este período de exilio—para él, ya eterno—surgen de su fecunda inspiración: «Blanquito» (el negrito dominicano anidado en su corazón); «Tintín y los perros» (un gran libro infantil de honda sensibilidad, muy celebrado); «Frente a la Cruz del Sur» (hermoso ramillete de poesías, donde el estro inspirado vibra con sello inmortal)... Listo para publicarse queda un libro compuesto de más de cien parábolas (publicadas, casi todas, en «Solidaridad Obrera» de París y en revistas americanas). Por otra parte, la muerte sorprende a Viñuales, con tres obras literarias importantes entre manos: a) Una selección poética de sus principales producciones en este campo (algunos de sus sonetos han sido alabados en los círculos literarios como de pristina calidad); b) Varios capítulos (posiblemente la obra terminada) sobre las costumbres de los negros en Santo Domingo (quienes los han leído dicen que se revela en ellos un humorista y psicólogo), y c) Su obra del alma «Mi tía Dominga», bosquejo sentimental de trazo autobiográfico. Es la sentida pincelada de un hombre que pinta a la mujer que llenó el vacío de su madre.

A. HERNANDEZ

DOS FRAUDES MONETARIOS

DE CARLOS III⁽¹⁾



I buen amigo Sancho, no el del Quijote, me decía en una ocasión que si en España hubo un rey bueno, éste fué Carlos III. Yo he de confesar que me ha sido siempre simpático. Cuando menos fué lo bastante inteligente para saberse rodear de ministros de valía: Conde de Aranda, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, etc. Muchas de las obras que se le adjudican debieron, sin duda, a la iniciativa de sus ministros. Se sabe que dió un gran impulso a la industria y al comercio. Costa no escatima elogios a sus reformas de carácter agrario. Estableció, en Sierra Morena, la colonia alemana que convirtió aquellas tierras valdías en tierras de cultivos florecientes. Hizo otras cosas más: fundación de un Banco nacional, erección de hermosos monumentos, etc. Pero mi simpatía por Carlos III nace de su decreto de expulsión de España y sus dominios de la Compañía de Jesús y de su insistencia pertinaz cerca de la Santa Sede hasta conseguir de Clemente XIV la bula «Dominus ac Redemptor» que declaraba extinguida la Compañía de los hijos de Loyola.

Lo que yo no sabía, hasta que días atrás leí en una publicación de Lima (Perú), es que Carlos III fuese un monedero falso, un estafador. Así como suena. Y no es que la cosa me haya escandalizado. Los Borbones no han sido dechados de virtud precisamente. Desde el príncipe bearnés, aquel Enrique de Borbón que abjuró de la fe de sus mayores por ocupar el trono vacante de los Valois, hasta el último Borbón que en España padecimos, la dinastía borbónica ha dado toda clase de especímenes para una teoría de la delincuencia real. Y algunos, ejemplares. Y no es que Carlos III merezca figurar con estos casos singularísimos. Comparado con esta su granujada lo bueno que hizo, ha de inclinarnos a la benevolencia. Mayor fué la estafa de Alemania hacia los años 20 y 21 y la han

olvidado hasta los tenedores de marcos. Carlos III fué más hábil: daba gato por liebre y, en rigor de la verdad, el equilibrio de la economía doméstica y aun nacional no sufrió con ello. Mereció, claro está, la censura y aun censuras como reformador de la moneda, censuras que no carecían de fundamento. Carlos III, a pesar de las disculpas aducidas en justificación de las reformas, vió en las medidas adoptadas, por un lado, un medio de recuperar el gasto de nuevas acuñaciones prometidas y reintegrarlo al Estado y, por otro lado, la forma de realizar un beneficio ahorrando 16 milésimos en las monedas de oro y 14 en las de plata.

ANTECEDENTES INMEDIATOS

Para comprender mejor las Reales Ordenes secretas de Carlos III debe conocerse los antecedentes inmediatos. Felipe V, por la **Ordenanza para la Casa de la Moneda de estos Reynos**, de 9 de junio de 1728, inicia el arreglo de la moneda en España, afectada por los desbarajustes del Vellón en el siglo XVII. La ordenanza fué el resultado de diversos estudios hechos por expertos en economía monetaria, entre ellos, por el jefe de los ensayadores de Castilla, José García Caballero. En síntesis dicha ordenanza establecía: relación exacta de los coeficientes bimetalicos en oro y plata de 1 a 16; igual aleación para ambos metales: en oro 22 quilates y en plata 11 dineros, o sea, 916 milésimos de finos en los dos, y talla por marco de 68 escudos de oro y también de 68 reales en la plata. Las piezas labradas en este sistema fueron: en oro, los doblones de 8 escudos u onzas y los escudos propiamente dichos, y en plata, el peso o real a ocho, el medio peso, los dos reales y el real. Como auxiliares divisionarios corrían los medios y los cuartillos.

La acuñación colonial se regía por el Reglamento de 1728, aprobado por Real Cédula de 11 de noviembre de 1755, el cual se mantuvo hasta la Independencia de América, sin otros cambios que los establecidos por las ordenanzas secretas de 1772 y 1786. Las leyes monetarias posteriores a 1728 no afectan a la acuñación de la moneda en América, sino que afectan al circulante exclusivamente en la Metrópoli. Para comprender esto hay que tener en cuenta que en el Imperio Español corrían paralelos dos patrones: el Nacional y el Provincial. El primero era acuñado en las casas de América, y el segundo solamente en las de España. La moneda nacional se regía por la ordenanza de 1728, pero la provincial, con el fin de evitar sus exportaciones, ocultaciones y demás, era acuñada con menor valor. Su finalidad era que circulase en la Península y no debía ser acuñada ni aceptada en los territorios coloniales.

A partir de 1728 la moneda provincial sufrió dos cambios importantes, el de 1737 y el de 1772. Estos no afectan a la moneda nacional, válida en las colonias de América. Estos cambios tienen como finalidad equilibrar el índice bimetalico alterado. La primera reforma —Cédula de 16 de mayo de 1737— eleva el precio de la plata con respecto al oro. El alza de la pasta de plata permitía a la par que su exportación la importación de oro que en pasta tenía mayor precio que

Sería necesario rogar a su compañera facilitase los originales inéditos para llevarlos a la letra de molde de la imprenta. Volveríamos a sentir su fina sensibilidad, su gran corazón de librepensador.

Todos los compañeros y antifascistas en el exilio deploran la pérdida de Mariano Viñuales y nosotros recordamos una de sus más hermosas poesías en la que decía:

«Los ríos de España lloran...»

«Lloran que no lágrimas...»

Sabemos que los ríos de España lloran, por los hermanos ausentes que no pueden reflejarse en sus márgenes. Lloran, por los poetas españoles que mueren en el exilio, lejos de sus tierras entrañables que otrora cantaron. Lloran, la sangre de su sangre que no cesa de agitarse en latitudes extrañas. Hoy llorarán por un gran corazón que ha cesado de latir y que los comprendió: Mariano Viñuales.

Adolfo HERNANDEZ

Ayuntamiento de Madrid

sellado. Para subsanar esto, los expertos de la Metrópoli aconsejaron a Felipe V elevar el precio del real nacional de 80 a 85 maravedises de vellón y el provincial de 64 a 68. La segunda reforma —mayo de 1772— se hace también para amoldar la relación entre el valor legal de los metales con sus precios en el mercado. Pero ni una ni otra reforma modifican las leyes ni los pesos de las monedas. Su finalidad consiste en ajustar el oro y la plata al coeficiente bimetálico fluctuante.

REAL ORDEN SECRETA DE 1772

Las medidas monetarias de Carlos III tienden por una parte a poner a tono el circulante peninsular con el precio de la pasta en los grandes mercados europeos y por otra a extinguir las piezas gastadas e imperfectas por una moneda nueva que iría lanzando la Casa de Segovia. Pero si Carlos III podía jactarse como reformador monetario, al ajustar el valor intrínseco del dinero con el que alcanzaba la pasta en los mercados rectores y al substituir el circulante viejo trocándolo por emisiones flamantes, ordenaba hipocritamente que fuese rebajada su fineza.

En la pragmática de 29 de mayo de 1772, Carlos III ordena a las Casas de Segovia y de Madrid, únicas que acuñaban oro y plata, que amonedasen de acuerdo con las nuevas reglas a partir de primero de junio sin alterar la fineza, el peso y la tolerancia, exhortando a los empleados a observar en toda su integridad estas reglas. Pero ocho días después, ordenó secretamente a los Superintendentes de las Casas citadas que labrasen esas monedas con menor fineza. O sea, rebajar las de oro de 22 quilates a 21 quilates, 2 y medio granos en la moneda nacional y, en la moneda provincial, de 21 quilates 3 granos a 21 quilates 1 y medio granos. Las monedas de plata se rebajaban así: en la moneda nacional de 11 dineros a 10 dineros 20 granos y, en la moneda provincial, de 9 dineros 22 granos a 9 dineros 18 granos.

El rey justificaba su dolosa conducta aduciendo que dadas las discrepancias entre la moneda peninsular y la de los países europeos, esa medida le recobraría de los golpes sufridos. Por otra parte, la Corona aducía que siendo la Metrópoli la más fuerte importadora de pasta y estando estas importaciones rigidamente controladas, la modificación no perjudicaría a otros países, sino que era una especie de compensación útil para mantener el tipo con un porcentaje alto y restar los incentivos que motivaba en los especuladores y traficantes a pesar de los riesgos del contrabando.

Dando de lado razón tan fútil, lo cierto es que Carlos III vió en la reforma un ahorro de 16 milésimos en las monedas de oro y de 14 en las de plata, como ya señalamos anteriormente.

IMPLANTACION DEL FRAUDE MONETARIO EN AMERICA

En la «Historia Económica del Virreinato de la Plata», Ricardo Levene inserta un fragmento del escrito que el visitador general del Perú dirige al superintendente de la Casa de la Moneda de Potosí, relativo a la observancia, para su gobierno, de las órdenes secretas. Dice textualmente:

«Para entrar en la explicación de las cuentas debo empezar descubriendo a usted el misterioso Arcano de la Ley con que se labra la moneda: ésta, que, por ordenanza debía ser la de 11 dineros justos en la de plata y de 22 quilates en el oro se halla variada y labrándose aquélla en la de 10 dineros y 20 granos y la de oro en 21 quilates y medio granos en virtud de Rl. Ors. reservadísimas que el año del 72 comunicó

el señor Amat a esta superintendencia y a mí se me entregó por mi antecesor... En ella manda S.M. se observe en esta alteración más religioso sigilo, obligándose a él los que por necesidad de su ministerio deben saberlo, con el vínculo del juramento y apercibiendo a todos con la privación de sus empleos y otras severas penas en caso de revelarlo.»

Los conocedores del secreto eran el fundidor y el ensayador; el fiel no lo conocía porque recibía la moneda ya acuñada, y el contador y el tesorero, conocedores también del secreto, tenían que arbitrar asientos ficticios en la contabilidad a fin de disimular en las cuentas los beneficios habidos en el fraude.

El ejecutante, en Lima, de la primera reforma fraudulenta fué el virrey Amat, el famoso enamorado de la Perricholi, aquella deliciosa mestiza por la cual el virrey quiso convertir la Ciudad de los Reyes en un pequeño Versalles del Rey Sol. En relación con el establecimiento de la reforma en Lima se ha descubierto un documento de gran valía. Se trata de una consulta dirigida en febrero de 1777 por el superintendente, marqués de Zelada, al entonces virrey Manuel de Guirior. El marqués consulta al virrey acerca de la manera de contabilizar las partidas de beneficios por las rebajas en las acuñaciones de oro y de plata en méritos de la citada Orden Secreta; en él detalla los marcos, las onzas, ochavos y tomines, ganados en ambos metales en las fundiciones desde 1772 a 1775, y termino pidiendo se dé una solución a la dificultad de encontrar la forma de esconder las partidas de beneficios y disimularlas para que no peligre la reserva y secreto tan recomendados por S.M.»

Demás está que digamos que el fraude de esa reforma se estableció en todos los territorios coloniales.

SEGUNDA PRAGMATICA DE CARLOS III

Esta segunda pragmática secreta data de 1786 y fué dada por el monarca el 25 de febrero en El Pardo. El origen de la pragmática es el siguiente: a fin de estimular las importaciones de oro de América se dió la pragmática de 15 de julio de 1779, la cual levantaba las tarifas en escudos y veintenes. Como la plata no fué alterada, la relación bimetálica quedó en el nódulo 16,03. En ese año dicha relación en el mercado de Hamburgo era de 14,18. La guerra que España sostenía con Inglaterra obligaba a esta medida a fin de recabar oro más fácilmente transportable que la plata y, de esta forma, atender a los gastos que el estado de beligerancia demandaba en campos distantes del territorio peninsular. La tarifa de 21 y medio reales para el veintén, fijada en 1779 demostró ser tan inconveniente que, por decreto de 8 de febrero de 1786, se ordenó extinguir esa moneda y labrar, para sustituirla, otra con valor de 20 reales. Días después el 21 de febrero se daba en El Pardo la pragmática reservada, en virtud de la cual, el título de las acuñaciones en oro se reducía a 21 quilates, es decir, 875 milésimos de fino sin modificar el peso y la talla. Recuérdese que la primera reforma había dejado esas acuñaciones en 21 quilates 2 y medio granos.

Relacionado con esta nueva reducción se ha descubierto entre los legajos que conserva el Archivo de Hacienda en el Perú un breve comunicado del virrey Teodoro de Croix que dice así:

«Señor Don Estanislao de Landázuri. — Remito a usted el adjunto duplicado de la Rl. Orden, muy reservada, que acabo de recibir, su fecha 16 de febrero último, para que inteligenciado usted de su contexto, cuide su puntual execución y cumplimiento en la

parte que le corresponde, quedando advertido de que para el examen y feneamiento de las cuentas que en ellas se trata, he nombrado al contador mayor don Pedro Dionisio de Gálvez, al que prevengo con la misma fecha lo conveniente en la materia, Dios guarde a usted. — Lima. 2 de Agosto de 1788. — El Cav. De Croix.»

Ha de advertirse que, independizado el Perú, de hecho las pragmáticas de 1772 y de 1786 fueron los instrumentos legales que rigieron en la acuñación de moneda. Tal se desprende del primer documento legislativo que produce la República acerca de la fineza con que debían ligarse las pastas metálicas. El sexto inciso del Reglamento dictado por el mariscal Agustín Gamarra el 24 de abril de 1830 lo confirma. «La ley de la moneda —dice— será la misma que hasta aquí. Las de oro se batirán con la ley precisa por ensaye de veintidós quilates y la de plata con la de diez dineros veinte granos, que son las mismas leyes con que el gobierno español las fabricaba en Lima de mucho tiempo atrás.»

DESCUBRIMIENTO DEL FRAUDE

El engaño impuesto por Carlos III al sistema monetario español no pudo mantenerse mucho tiempo en la ignorancia. El dinero inspira interés y motiva a la vez recelos. Y los análisis practicados por ensayadores extranjeros pusieron de manifiesto el fraude: las monedas fabricadas de 1773 no se ajustaban a su tasa de ley.

Más aún, un tal Bonneville, francés, autor de un «Tratado sobre las monedas de oro y plata que circu-

lan en diferentes pueblos», hizo varios análisis de piezas de la citada época y descubrió su menor contenido de fino y en cantidad aun más exigua que el límite fijado por las leyes secretas. Esto hace suponer que al fraude decretado por Carlos III se sumaban otros, hijos de la codicia e iniciativas particulares de los funcionarios encargados de ejecutar el engaño de su soberano. Lo cual me recuerda aquellas magníficas palabras de Confucio, dirigiéndose a los gobernantes: «Las virtudes de un hombre superior son como el viento; las virtudes del hombre corriente son como la yerba: cuando el viento pasa, la yerba se inclina». Donde dice «virtud» pongamos «vicio» y viene a ser lo mismo.

Pero hay más: funcionarios del Papado descubrieron también el fraude. Sí, también ellos comprobaron vicio en los escudos españoles de acuñación de 1772, incluidos en una fuerte remesa llegada a Roma en 1779, procedente del Tesoro español. Esta remesa, es de suponer, pertenecería al llamado «dinero de San Pedro» cuyos sucesores, como buenos clérigos, presentarían la reclamación de rigor. ¡Buenos son ellos! El hecho de aspirar al cielo no quiere decir que hayan de renunciar a la tierra. Un ojo al Cristo y otro a la bolsa o, como dicen las gentes, «un ojo en la sartén y un ojo en la gata». Por si acaso.

Mariano Viñuales

Este artículo puede ser considerado el último trabajo escrito por Mariano Viñuales, pues nos fué remitido ocho días antes de su muerte. (N. de la R.)



Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantengamos al enemigo en continua zozobra. — GONZALEZ PRADA.

Proyecciones del pasado sobre el presente



Al referirse a ciertas cosas no hay medio ni hay tiempo de **hacer literatura**. No se piensa en comentarlas embelleciendo el discurso. Porque nada les conviene tanto como el lenguaje rudo, libre de aquellas finezas retóricas susceptibles de embotarle su parte aguda al pensamiento en el ánimo del lector.

La claridad meridiana de los acontecimientos de ayer nos ayuda en forma positiva a captar el significado de los de hoy. Y también el rumbo más probable de los que se registrarán mañana.

*

Desde 1939 hasta 1945 se dijeron, partiendo de los medios oficiales, verdades que, por su atrevimiento y por su profundidad, no había quien fuera capaz de esperar. Y a nadie puede interesarle tanto como a nosotros, a los réprobos, a los que batallamos sin tregua por una transformación que no deje piedra sobre piedra del actual ordenamiento —y que tan sólo podrá realizarse mediante el empuje incontenible de las falanges que el capitalismo explota y el Estado sojuzga—, a los anarquistas, en resumen, sacarles punta a esas verdades en la forma que conviene.

En varios casos, según hemos de ver, se hicieron confesiones que no tienen precio. Tampoco dimensiones. Se confesó paladinamente aquello que, apoyándose en principios axiomáticos que no necesitan demostraciones ni pueden ser destruidos, niegan algunos de aquellos que fueron en un pasado reciente nuestros amigos y adoptaban en la lucha una actitud que nosotros no hemos rectificado ni rectificaremos nunca.

En una alocución a que se dio —con toda la pompa que el caso reclamaba— el nombre de «Mensaje al mundo», figuraba lo siguiente:

«... No existe la menor duda de que éste no es el momento de dejar de pensar en los **problemas sociales y económicos que constituyen las raíces de la Revolución social, QUE ES HOY EL FACTOR SUPREMO EN EL MUNDO.**»

Pero, como si ello fuera poco, en otro párrafo tomaba relieve algo que es indispensable tengamos en cuenta a todas horas.

«... Libertades cívicas para poder disfrutar de todos los beneficios del progreso científico en un nivel de vida más amplio y cada vez mayor, y libertad de palabra y de expresión. **Esas son las condiciones básicas que no se deben perder de vista en el torbellino e increíble complejidad de nuestro mundo moderno. LA ESTABILIDAD DE NUESTROS SISTEMAS POLITICOS Y ECONOMICOS DEPENDERA DEL GRADO QUE ALCANCE EL CUMPLIMIENTO DE ESAS ESPERANZAS.**»

*

Era la primera vez, sabiéndolo nosotros, que salían de **según qué labios**, lanzadas desde **según qué tribunas**, palabras no agresivas sobre la Revolución social, presentándola como el gran problema y reconociendo —de acuerdo con lo proclamado **urbi et orbi** por la clara visión que del porvenir tiene el anarquismo— que **es hoy el factor supremo en el mundo.**

¿A cuántos les conviene tomar nota de esta última confesión? ¿A quién puede escaparle el sentido profundamente conservador que la anima por encima de su tono abiertamente revolucionario? ¿Cómo no percibir los temores vivos que dominaban entonces —y siguen dominando hoy— a los defensores impenitentes del **statu quo** cuyo mantenimiento es la negación más rotunda del derecho y un escarnio intolerable a la justicia?

¿Se quiere mayor claridad o mayor precisión que la del final del segundo de los dos párrafos transcritos? Es terminante. Es rotundo. Es acicate poderoso. Y es luminaria que orienta. **La estabilidad de nuestros sistemas políticos y económicos dependerá del grado que alcance el cumplimiento de esas esperanzas.** Las de tener asegurado el pan y la libertad en unas relaciones sociales que no signifiquen un atentado permanente contra el derecho.

¿Constituyen tales afirmaciones un alarde de modernidad o de fineza? ¿Se quiso ofrecer con ellas la prueba de que los de arriba penetran en la entraña viva del magno problema que mantiene unidos al yugo a los de abajo y conocen algunos de los factores que contribuirán a extricarlo? No lo sabemos a punto fijo. Ni nos importa gran cosa ponerlo en claro. Sabemos que son justas. Y es natural que pongamos el más obstinado empeño en averiguar a qué se debe la afirmación de tales cosas por los mismos que siempre las negaron.

Resulta chocante en extremo que les diera resonancias universales el hecho de ser lanzadas por el más potente altavoz que tenía el Universo en aquel momento.

Sin embargo...

*

Sin embargo, nosotros decidimos no entusiasmarlos prematuramente y sin motivos muy fundados para ello. No dimos unos vivos estentóreos a Roosevelt, ni se nos ocurrió llamarle **estadista de factura maravillosa**. No faltó quien se lo hiciera, con todas las agravantes del código moral... En semejante tarea se distinguieron algunos trafaldabas notables, ya dispuestos a jubilarse.

Hicimos otra cosa muy distinta, como evocar el recuerdo de aquellos tiempos pasados —pero todavía muy recientes—, en que otras voces menos fuertes lanzaban desde tribunas menos altas palabras muy

parecidas, si no en la forma en el contenido, a las que en aquellas horas recogíamos.

¡Cuán deleitosa es la música de aquellas palabras! ¡Qué armoniosamente suenan en el oído! ¡Y cómo ayudan a los ingenuos empedernidos a creer en fáciles conquistas, en afinidades prometedoras entre los de abajo y los de arriba, y en propósitos de una santidad mirífica! Y en el maná. Y en la panacea...

El pasado había de aleccionarnos en el presente. Y recordábamos. Recordábamos que en 1914-18, durante los cuatro años de espantoso, de cruento y diario sacrificio impuesto por los mandarines a sus súbditos, eran invocadas constantemente la libertad, el derecho, la justicia, asegurándose que su eclipse sería total en el mundo si triunfaban los teutones y sus sabuesos, y que se convertirían en **el bien común a todos los hombres**, si sucedía lo contrario.

Aquella santa trilogía era el himno de los gobiernos que en la lucha despiegaban al viento la bandera de la democracia.

¿Qué vino luego? Lo recuerdan hasta los más cortos de memoria. No puede haber quien lo ignore. ¿Cómo negar —y en nombre de qué— que resulte manifestamente saludable recordarlo ahora? ¿Es posible no reeifrarse con insistencia a unos hechos cuyo significado constituye una lección positiva...

*

Volvió lo mismo de antes, con agravaciones desconocidas. No hubo ya más sonrisas. Los halagos hicieron mutis por el foro, sustituidos por el tono retador y por las brutales amenazas. Los pueblos —confirmándose con ello una vez más la exactitud de las previsiones anarquistas— no tuvieron en el **nuevo orden** ni voz ni voto. Ni más libertad que antes del horrendo sacrificio. Ni más derechos. Ni más pan. Por el contrario, de todo un poco menos. Se les impuso silencio a punta de bayoneta. Y fueron víctimas de las más brutales interdicciones.

Habiendo triunfado en la guerra aquellos que le eran presentados al pueblo como campeones de cuarto constituye el sueño dorado de los esclavos y de los miserables que sienten a diario los zarpazos del despotismo, dejó un estado de reacción tan abyecta, tan ignominiosa que los creyentes de la víspera se dieron cuenta del engaño sin tardanza.

Los de arriba fueron apretándoles con más fuerza las clavijas a los de abajo, teniendo el estallido de sus santas indignaciones. **El incumplimiento de las esperanzas** —de que se hablaría más tarde en un «Mensaje al mundo»— aconsejó confiar a fusiles y ametralladoras la tarea santa de imponer silencio al populacho disconforme, yugulando sus veleidades revoltosas.

La primera gran guerra debió ser la última. Fué ello prometido solemnemente en todos los tonos y desde todos los pulpitos millones de veces. Pero a sus torrentadas de sangre moza, a sus pirámides escalofriantes de cadáveres, a sus montones informes de escombros sanguinolentos, a sus ruinas morales y a sus retrocesos políticos y económicos, vinieron a juntarse los de la segunda, más horripilantes todavía que en aquella.

Tal hecho permite calcular de manera aproximativa las realidades vivas, punzantes, espantosas de mañana, si las víctimas propiciatorias —carne de las inmoladas sierpre— no alzan la frente a tiempo para magnificarse con un rotundo: ¡Basta ya!

*

A un cuarto de siglo de distancia fué batido de

nuevo el mismo parche. ¿Con más sinceridad que antes? ¿Con mayor honradez en el propósito? Nada aconseja creerlo. Por el contrario, los hechos que han seguido de cerca a tanta audacia verbalista, a tanta generosidad mendaz, lo niegan en redondo. Aquello dictado por dos motivos tan sencillos como poderosos: por una parte, el hábito de arrojar la verdad al charco; por otra, el pánico. Y se convirtió en un escarnio tan vil como los más viles...

Sin aquella torpe simplicidad que inhabilita para tener voz y voto en las cuestiones que se relacionan con el mañana de las sociedades humanas, al propio tiempo que con el presente y el futuro de los atributos del individuo, no se puede creer que hubiese más rectitud en el segundo caso que el primero. No había entre los de arriba quien estimara obligado otorgarle al espantoso sacrificio —sin precedentes en la Historia— una mínima compensación de cualquier orden.

Quienes inauguraron el subversivismo gobernante más atrevido en el curso de la segunda guerra mundial, simbolizaban lo mismo que aquellos que durante la primera nos servían a todo pasto Libertad, Igualdad y Fraternidad, con mayúsculas obligadas. Y representaban idénticos privilegios y análogos dominaciones.

¿Es algo susceptible de causarnos sorpresa? Rotundamente, no. Ni por lo nuevo, ya que ese fruto podrido es lo único que puede dar de sí una duplicidad incurable y vieja de siglos. ¿Dónde fijáramos la mirada para no encontrar muestras de ella? ¿Cuándo y en qué forma, sea en el presente, sea en el pasado, brindaron ejemplo de nobleza los que poseen y los que mandan?

*

Dejemos que se sorprendan los tontos de capirote, siempre dispuestos a darle al mundo la sensación de que están de vuelta en todo, y preguntémosles si teniendo en sus manos el panderero los defensores del capitalismo y del Estado, podía esperarse en buena lógica que las cosas discurrieran por otros cauces.

Prevemos determinadas objeciones. Se dirá: «Si de antemano estaban dispuestos o no cumplirlas, ¿por qué hicieron los gobernantes las promesas que figuran en el famoso «Mensaje al mundo»? Aquel lenguaje no se emplea por capricho.»

Es una verdad que no puede desmentirse. Se dijo por algo lo que se dijo. Estamos de acuerdo. Y es por ello, precisamente, que el caso de tales audacias resulta machísimo más inquietante. ¿A qué obedecieron? ¿A qué es debido que nadie lo explique? Conviendría señalar su verdadera causa en la forma más concreta posible. No basta con decir que en determinados momentos —y principalmente en el curso de las grandes crisis— los gobernantes necesitan inspirar confianza al pueblo, y saben que el mejor modo de lograrlo consiste en vestirse de **incendiario** que tal hecho es la constante de la Historia. Y lo que interesa por encima de todo es poner en claro si en el curso de la segunda guerra mundial hubo algo **específico** que despertara aquel afán de inspirarle confianza al populacho con una fuerza superior a la acostumbrada, ya que, según parece, así fué.

Dicho afán, yan vivo y desbordante que rompió cuanto pudo servir de freno al valentísimo lenguaje del «Mensaje al mundo» y a sus conceptos anarquistas, está fuera de debate que se fundaba en algo de enorme importancia... ¿Por qué quienes los emplearon no han dicho absolutamente nada sobre el caso desde entonces? Hay quien afirma que no pueden dar explicaciones sin exponerse a que se envalentone...

el tercero en discordia. Hay quien asegura que el tono del «Mensaje al mundo» fué debido a hechos impresionantes que robustecen la base de las esperanzas que alimenta el subversivismo de tipo popular.

*

¿En qué consistirían esos hechos de que entre nosotros no se habló jamás hasta la fecha? Se habla de ellos al detalle en documentos que es muy difícil lleguen a nuestras manos. Se afirma por alguien que en un momento dado los observatorios estatales vieron que se gestaba algo muy voluminoso, mediante un complejo de circunstancias y una serie de concursos que nadie podía ni remotamente sospechar, en la misma entraña viva del cruento sacrificio. Y entonces, aprobado su texto por los responsables de cada país aliado, lanzaba Roosevelt el «Mensaje al mundo», causando universalmente una impresión que resulta imposible describir. Circunstancias de orden vario obligan, pues, a que no hubo **capricho**, y que sin la amenaza de un grave peligro, en las esferas oficiales a nadie se le habría ocurrido el empleo de un lenguaje tan desconcertante.

Si es inadmisibles en términos absolutos que desde los puestos de mando se hable de cierta manera por nobleza y por rectitud, y si resulta demasiado fuerte hacerlo tan sólo para que el pueblo comulgue con ruedas de molino, el imperativo categórico de una amenaza permite verlo todo con mayor claridad.

No perdamos de vista —por lo mucho que interesa a nuestras luchas— que el peligro es la única explicación del hecho a que nos referimos. Sería indigno de nosotros creer en absurdas, imposibles generosidades. Sería infantil y descabellado esperar que otros hayan de darnos aquello que está al alcance de nuestras manos, si somos capaces de querer con fuerza. Ni la justicia ha de imperar en el mundo merced al capricho de unos cuantos, ofrecida, como una dádiva, desde arriba, por los amos del mundo, ni éstos pueden en ningún caso proponerse asegurar su triunfo.

En el supuesto —totalmente inadmisibles— de que en un momento dado les guiara tal propósito, ha de sernos lícito afirmar de manera categórica que sus medios no son aptos para realizarlo. Ciertas cosas, pase lo que pase, no podrán jamás ser efectivas mediante un decreto. ¡Ello constituye un imposible matemático!

El vetusto caserón de las iniquidades sociales ha de ser derribado por los de abajo. Es un punto que figura en el cuadro de las cosas que un estudioso sabe de manera positiva.

*

¿En base a qué regla de tres incomprensible se afirma por algunos que las circunstancias que aconsejaron aquella alocución al mundo no se repetirán, siendo así que quedan en pie, más poderosas que nunca, sus causas determinantes? En las altas esferas, por el contrario, según comprobación rigurosa, se piensa, por el contrario, que han de repetirse con ampliaciones insospechadas. Y que el peligro representado por ellas ha de ser muchísimo mayor. No ignoran que el juego revolucionario franco y abierto —al dirigirse al pueblo— es susceptible de ruidosas quiebras, ni creen que el hecho de tener grandes contingentes de hombres armados haya de permitirles siempre conjurar el peligro.

Constándoles que el paralelogramo de las fuerzas que sostienen el **statu quo** y el de las que pugnan por hundirlo en la triste nada de su origen pueden experimentar notables alteraciones, optan algunas veces por contemporizar y dejan la coacción violenta para

cuando los ánimos se hayan aquietado ya. Con la seguridad —que les falta en determinados momentos— de que la violencia basta, recurrirían a ella sin titubeos desde el primer instante. Pero no quieren exponerse a comprometerlo todo de manera irremediable.

No ha de ser ocioso señalar dos ejemplos vivos de la contemporización en que la prepotencia se refugia al sentirse débil y en peligro, afanosa de impedir que uno de sus desplantes se convierta en chispa merced a la cual vuele en fragmentos el polvorín...

*

En 1909, cuando la gran revuelta de Barcelona contra la guerra de Marruecos, según muchos recuerdan todavía, el general Santiago, que era, en virtud del estado de sitio, representación genuina de todos los poderes, visitaba a caballo los lugares en que la multitud enfurecida convirtiera en pira humeante las iglesias y los conventos. Y al contemplar el cuadro ocultaba con la sonrisa los designios que realizaría en breve. Y dijo varias veces, oyéndolo los insurgentes: «¡Qué traviesos!»

Lo mismo a él que sus amos —Maura y Lacierva— les constaba que una tentativa de represalia en aquel momento podía tener consecuencias mucho más amplias que lo ocurrido hasta entonces. Esperaba dos cosas el general para ponerse hosco y **dar su medida**: los refuerzos necesarios — que pidió desde el primer instante—, y que los espíritus se calmaran más o menos.

Tardaron poco en registrarse ambos hechos, llegando así la hora del general, llamado por algunos **de la simpática sonrisa**. Lo demás ya es sabido. Fué brillante la obra de los aparatos automáticos de dictar sentencias condenatorias y, bien que en escala menor, la del pelotón de ejecuciones.

El otro ejemplo no vale menos. En 1915, un militante anarquista de prestigio internacional, redactó contra la guerra una alocución tan brillante que sacudía el ánimo de manera irresistible. Se titulaba «A los soldados», y dió lugar a que los combatientes de ambos bandos fraternizaran con entusiasmo en amplios sectores del frente (1).

La impresión que causó tal hecho es indescriptible. Se daba como seguro que el militante en cuestión pagaría su gran audacia con la vida. Pero no hubo tal. Quedó sin efecto uno de los monstruosos preceptos del código en vigencia. ¿Por consideraciones de tipo humano? ¿Por respeto a la inviolabilidad del pensamiento? ¡Ni mucho menos!

En el país llamado a juzgarle se pensó —lo mismo que en otros— que su fusilamiento podía tener derivaciones irreparables.

*

Lo que importa principalmente, siendo pocos o siendo muchos los que pierden la brújula y valorizan determinados espejismos, es saturar el ambiente de disconformidades bien orientadas y advertirle al pueblo una vez tras otra, sin parar y sin cansarse, que quienes desde arriba, llámense como se llamen, iguales donde reine la abundancia, no pueden —ni le prometen la felicidad en un mundo de libres e quieren— hacer otra cosa que asegurar la continuidad de sus cadenas y de sus miserias.

Eusebio C. CARBO

(1) El autor de las presentes líneas recuerda con satisfacción muy viva, sino con orgullo, a cuarenta años fecha que los grupos anarquistas de Barcelona le dieron encargo de traducirla al español.

EL EJEMPLO DE FRITZ BRUPBACHER

SOCIALISMO y LIBERTAD



A síntesis entre estos dos términos, ¿será algún día un hecho consumado, el producto acabado de un sistema, la finalidad de un programa, el coronamiento de una revolución social?

¿No es mejor creer en una polaridad, en una antinomia perpetua y en el surgimiento de una corriente, que, en los actos y en las conciencias, mani-

festará la doble necesidad humana de la justicia social y de la autonomía individual?

Este dualismo se ha manifestado en toda su desgarradora fecundidad en más de una obra y en más de una existencia: en Proudhon, en Herzen, en Rosa Luxemburgo, en Landauer. Reaparece en nuestros días en Camus, en Silone, en Dwight Macdonald, volviendo a las fuentes éticas y reencontrando las raíces humanas de un movimiento socialista extrañado por la ideocracia y el culto de la eficiencia política.

De esta búsqueda, Fritz Brupbacher, muerto hace una decena de años, pero siempre vivo en el recuerdo de sus amigos, resta un ejemplo siempre válido, aunque desgraciadamente poco conocido.

Para los lectores de las «Confesiones» de Miguel Bakunín, publicadas por Rieder en los años 30, este nombre evoca constantemente el extraordinario prefacio dado a este documento, hasta entonces tan misterioso.

La obra que hoy debemos al zelo inteligente de Juan Pablo Samson (el traductor de Silone y de Rilke) es una recopilación de los principales textos que son testimonio de los «sesenta años de herejía» del que fué uno de los más lúcidos pensadores del reciente medio siglo, en presencia del hecho social y de la psiquis revolucionaria.

Fritz Brupbacher nació en Zurich en 1874; murió el 1 de enero de 1945. Su vida profesional fué la de un médico de los pobres, de un médico de las mujeres y de un médico de los locos, en una aglomeración obrera donde dominaban el partido y los sindicatos social-demócratas. Para este hombre, las taras, las luchas y las miserias del proletariado y de la humanidad en general, no eran abstracciones sentimentales o estadísticas; fué con abnegación, a lo largo de su vida, su analista, su confidente, su consejero;

y, si cesó muy pronto de creer en la actual capacidad de las masas industriales en el plan político, económico y administrativo, no por ello dejó de estar «incondicionalmente» a su lado, en la lucha por una suerte mejor y en la revuelta contra todo lo que constituye la mediocridad ambiente. En los orígenes de esta actitud desencantada (que podría calificarse de socialismo aristocrático) había, por una parte, el generoso desdén de un joven ilustrado de extracción pequeño-burguesa, enardecido por la alta cultura, hacia el capitalismo, «con o sin capital»; había también su precoz «matrimonio con Rusia».

El ejemplo de la intransigencia total y de la renuncia al arribismo, le fué dado a F. Brupbacher por la colonia universitaria que hacía entonces de Zurich una capital de la emigración militante.

Definitivamente enamorado de la estudiante rusa, Brupbacher se casó sucesivamente con tres representantes de este tipo de emancipadas. La primera continuó su acción ilegalista en Rusia, fué detenida y deportada a Siberia, a donde él se trasladó para cuidarla, pues ella estaba gravemente enferma. La segunda, también de frágil salud, no tardó en morir igualmente, usada por la intensidad del trabajo intelectual a que se dedicaba y por las privaciones que había sufrido. La tercera, en fin, que ha sido para «Brup» lo que Séverine fué para Jules Vallés, le ha sostenido y encantado durante los últimos veinte años de su vida; ella cuida hoy de su obra inédita, que algún día esperamos ver publicada.

Es al «populismo» ruso y a su heredero el partido socialista revolucionario de las Vera Figner y de las Maria Spiridinova, a los que Brupbacher debe sin duda el idealismo sin ilusión que caracteriza su actitud frente a la historia, actitud que se ha calificado con frecuencia de cínica o de nihilista, y que supone simplemente ese «valor de la desesperación», gracias al cual la acción cotidiana alcanza toda su importancia, cualesquiera que sea el resultado, mientras que la intolerancia doctrinal cede el sitio a la imaginación psicológica, base de toda simpatía entre los seres vivientes.

Por lo demás, esta simpatía se acompaña en Brupbacher de una intensa necesidad de acción, no solamente **para** los otros, sino **sobre** los otros; humorísticamente, habla de su deseo de «sacudir» a los

oprimidos, de «obligarles a ser libres», haciéndoles intolerable la servidumbre a fuerza de injurias, de brutalidades de sargento. «Yo soy un sargento anarquista», escribe en «Sesenta años de herejía». Hombre de meditación y de análisis, este memorialista, este aforista, este ensayista impenitente, era también un agitador de multitudes. El día de su exclusión del partido social-demócrata por crimen de lesa-marxismo, contrató con tal vigor que la sala, bruscamente despertada, gritando de alegría, emprendió la demolición del material de la opulenta ciudadela burocrática e infligió a sus propios dirigentes una derrota sin precedentes (y sin continuidad, por lo demás) en los anales del proletariado de Zurich.

No caigamos, sin embargo, en el fácil prejuicio de la ironía con respecto a una clase obrera que tuvo sus grandes horas, tales como la huelga general de 1919 y el movimiento de 1929 a favor de Sacco y Vanzetti. La Suiza, tratada frecuentemente con desdén por las grandes naciones guerreras y centralizadas, calificada de paraíso de la mediocridad, ocupó, sin embargo, un lugar muy honorable en la Europa revolucionaria. Tierra de refugio donde se multiplicaron los proscritos (gracias a la independencia frecuentemente desconfiada de sus cantones ante los poderosos Estados vecinos); lugar de meditación para numerosos espíritus libres, que allí fueron a respirar el aire ligero de las cimas, placa giratoria de Europa y Suiza no ha conservado solamente esa forma concreta del patriotismo y del espíritu de independencia que se llama federalismo: fué también la cuna de numerosos internacionalistas y su último refugio contra el nacionalismo desencadenado. Todo movimiento generoso encuentra allí un eco y muchos allí encontraron su origen. Su historia moderna no tiene aventuras políticas extraordinarias; pero, si ella es pobre en sangre derramada, ella es rica en valores espirituales. Y mientras la integridad, la rectitud, la constancia de un corazón seguro de sí mismo y de una lúcida inteligencia, sean honrados en Ginebra, en Berna, en Neuchâtel y en Zurich, se conservará la semilla de la que surgieron un Luis Bertoni, un Adhemar Schwitzguebel, un James Guillaume o un Fritz Brupbacher...

Muerto a los setenta años de edad, aquél al que sus amigos llamaban «Brup» precedió de poco tiempo a su contemporáneo Luis Bertoni. Los dos pertenecían a la generación de después de 1870, que salió de la infancia cuando la Primera Internacional había ya muerto; pero que recibieron de las manos de sus predecesores, los internacionalistas Guillaume y Schwitzguebel, la antorcha del socialismo «jurásiano» y la mantuvieron encendida hasta el fin. Hoy, un pequeño grupo de hombres unidos en torno de la revista «Témoins» — que publica en Zurich un

francés nacido en las riveras de la Limat — se inspira en los recuerdos y en los ejemplos de esta tradición, frente a los problemas contemporáneos. De los dos lados del Jura y de los Alpes, esta corriente constituye un patrimonio ideal, del que los francocondenses Fourier, Considérant y Proudhon no son extraños, como tampoco los federalistas bávaros de 1919, Eisner, Landauer, Toller y Mühsam, o los internacionalistas italianos de la gran filiación libertaria. Y es precisamente por los desvelos del director de «Témoins» (así como por las ediciones neuchatellesas de la Baconnière) que acaba de aparecer la importante recopilación de los escritos de Brupbacher, distribuida en Francia por la Sociedad Francesa del Libro (17, rue de l'Université, Paris, VII^e).

¿Por qué recopilación y no una obra integral, tal como el poderoso libro de 1913 «Marx y Bakunin» (1) o la colección de aforismos publicada en 1921, 1923, 1943 y 1946 («Alrededor de la moral»; «Del pequeño burgués al bolchevique»; «Higiene mental para paganos en buena salud»; «El sentido de la vida») o aún las memorias «Sesenta años de herejía» (1935). J. P. Samson, traductor y presentador escrupuloso, se explica, confiándonos que ha querido decantar al mejor Brup, podar las citaciones y los pasajes documentales; en fin, acentuar las ideas generales, dejando de lado lo que la improvisación, el trabajo periodístico, el alejamiento y la particularidad de las circunstancias pueden debilitar de una obra algunas veces difusa e insuficientemente «escrita». Nuestro amigo, pues, sólo ha seleccionado 300 páginas, elegidas para nosotros, lo sospecho, con la segunda intención de hacernos reclamar **todo el resto**. Para cierto tipo de lector (y de autor) los detalles y la extensión, las digresiones y los incidentes no son lo menos interesante y lo menos revelador. Testigos de ello, Montaigne y Proust, el diario de Pepys, y el de Boswell, las memorias de Saint-Simon; testigo todavía la obra propagandística de Bakunin, cuyo vuelo teórico encuentra por completo su empuje en las circunstancias y la fiebre de la acción, y que se pierde en el despliegue de las perspectivas infinitas.

Recuerdos y reflexiones sobre «Treinta años de amistad», por Pierre Monnat, sirven de introducción a este trabajo, seguidos por un retrato filosófico del autor, notablemente hecho por François Bondy. Y por lo mismo se encuentran presentados en síntesis los dos aspectos antinómicos de la personalidad de Brupbacher, militante del socialismo y psicólogo de la libertad.

André PRUNIER

Trad.: F. M.

(1) Esta obra ha sido traducida y publicada por primera vez en español por la revista «Cénit». — N. de la R.

La historia la forjan los hombres y los pueblos con sus ideales, con su cultura, con su inteligencia, con su trabajo, con su esfuerzo y con su heroísmo.

Ayuntamiento de Madrid

1859 — 1860

UNA GUERRITA ESPAÑOLA



A guerra de Africa de 1859-60 tiene relieve especial. Es típicamente española en aquella época tan confusa y redicha. Produjo una promoción de africanistas improvisados y unas toneladas de literatura delirante. No faltaban generales. O'Donnell, privado por entonces de Isabel II y manihero del pelotón ministerial; Prim, el revoltoso de siempre; Ros de Olano, compañero de O'Donnell en la vicalvarada del 34; Echagüe, Zabala y Ríos, generales liberales templados y amigos de O'Donnell, procedentes como éste, de la primera guerra contra los carlistas, recelosos antaño de Espartero, el ídolo riojano; el Estado Mayor estaba a cargo del general García y la Marina al mando de Bustillo. Estos entorchados y otros se pusieron al frente de la expedición y pasaron el Estrecho de Gibraltar.

Fué declarada la guerra «contra esos perros moros» como decía el general Prim. Pretexto: un insulto de los agarenos. ¡Tenía que ser lavado con sangre! Los moros habían demolido unas fortificaciones, levantadas en territorio español según versión oficial. Los demoledores ¿no serían—así se dijo—provocadores españoles disfrazados de moros? De todas maneras era igual. Se imponía la degollina. Reinaba en España Isabel II, que se adjudicaba concluyentemente derecho de sucesión sobre cualquier territorio africano como ejecutora testamentaria de otra reina: Isabel I.

En realidad se declaró la guerra para que O'Donnell pudiera obtener un triunfo militar a poca costa. Temía las arremetidas de Prim, conspirador permanente. Hacia 1839 trataba de suplantarlo a O'Donnell en el favor de Isabel II. Los generales políticos cuentan con el aprendizaje colonial. Espartero y Maroto—protagonistas del abrazo de Vergara—habían luchado juntos en América por la misma corona. No fué extraña la camaradería colonial al abrazo de Vergara. Ni tampoco fué extraño el liberalismo de morrión a otros abrazos. Ni el protestantismo a la reconciliación progresista de Cabrera con la dinastía reinante. El propio O'Donnell inventó un liberalismo de entretiempos—siendo moderado—para abrazar a Espartero.

Se pensaba volver a España como quien no ha roto un plato a favor de la guerrita ganada a los moros. La victoria sobre la Media Luna consolidaría a O'Donnell, dándole nuevos títulos para obsequiar a los españoles con elegantes suplicios. Sobre todo acallaría a Prim. Antes y después de la guerra de Africa era una especie de maniqué irreductible, atajasolaces, estorbacuentos y aguafiestas de fajines. Lo radiaron nada menos que a la guerra de Crimea (1854) como agregado al Estado Mayor turco, pero volvió a Madrid. Lo pusieron al frente de la expedición a Méjico (1866) para que no molestara. Trabajo perdido. Prim optó prudentemente por no guerrear en tierra azteca y regresó a España para dar fiebre. Estuvo arrestado en castillos. Incluso quisieron

alejar los gobernantes a Prim dándole manos libres en Puerto Rico (1847) con el cargo a los 33 años de capitán general de aquella diminuta y desgraciada isla. Todo inútil. Prim estaba siempre de vuelta o a punto de volver.

El ejército español—unos 25.000 hombres—se movilizó rápidamente para lavar la afrenta africana. Los caballos no eran muy gallardos para representar la cruzada, pero bastaba con que la caballería fuera arma aristocrática. El jinete se injertaría en el caballo y el todo resultaría un centauro. Se improvisó lo que se pudo y como se pudo, a la manera española. Dios proveería más que escuadra costera, lanzas y fusiles, un tanto decrepitos. En el bando moro había al principio unos centenares de indigentes descalzos o calzados con babuchas, sin viveres, ni defensa, tribus montañesas que contaban únicamente con jaiques de aventura, gummies viejas, cuchillos de matacero y alfanjes oxidados, amén de las consabidas espingardas empleadas en correr la pólvora.

En el «Catálogo de Códices arábigos adquiridos en Tetuán por el gobierno español» (Madrid, 1826) escribe el autor, Emilio Lafuente Alcántara, que en la época de la guerra sólo había en Marruecos espingardas y gummies. Mal podrían defenderse los moros con aquellas armas de museo. Y respecto al tráfico imperial sufrido por los mahometanos, afirma Lafuente Alcántara copiando a León Godard en su «Description et Histoire du Maroc», que cobraba el sultán en oro y plata los impuestos, pagando en cobre con descuentos arbitrarios. Total: que se quedaba con todo.

— o —

Una vez en Africa el ejército, empiezan los quebraderos de cabeza para O'Donnell, flamante generalísimo. ¿Qué hacer con Prim? De darle el mando de un grupo de ejércitos, se hubiera conformado difícilmente con el primero, no con otro. A la cabeza de unidad preferente, era capaz de tomar la delantera dando quince y raya a los demás generales con menos personalidad envolvente que él. Podía pulverizar el mando supremo, hacer de la vanguardia una posición dominante, atacar por iniciativa personal. Y en efecto: fué lo que hizo. A pesar de que sólo tenía el mando de las fuerzas de reserva cargó contra los sarracenos en la batalla de los Castillejos al frente de un grupo de voluntarios catalanes capitaneados por Sugrañes, especie de milicianos ultraespañolistas defensores del trono mismo de Felipe V. En rigor no le correspondía a Prim aquella intervención que sólo fué fulminante al final. Como general del grupo de reserva debió dejar paso a los batallones de activo inmediato. Pero Prim decidió las cosas situándose con ventaja sobre O'Donnell, simple espectador del juego. La reina regaló a Prim el marquesado de Castillejos. Ros de Olano fué premiado con el título de marqués de Guad-el-Jelú. Todo a costa de los guerrilleros bereberes.

Por presión de los elementos palaciegos que rodeaban

a Isabel II y bailaban con ella, siguió la guerra después de la toma de Tetuán. Los generales de Marruecos deseaban reverdecir laureles a expensas de los sarracenos y llegó el avance hasta Wad-Ras, término de la etapa en el camino de Tánger. En Wad-Ras acabó la campaña de repente.

Tenían éstos cierta simpatía por Prim. Lo creían uno significa un picadillo entre generales de vocación política con directivas sinuosas, camarillas encrespadas y ásperos rencores. Parecen estos rencores manipulados—y a veces lo son—por mujeres, dueñas de las espuelas. Los políticos sin sable sólo representan marchitos asistentes a disposición de las generales. El pronto de Castillejos dió nuevamente a Prim fama de batallador. En el entreacto de Tetuán, entre Castillejos y Wad-Ras, se consumía de impaciencia el nervioso general. Entonces fué cuando se le ocurrió ponerse en contacto con los judíos.

Tenían éstos cierta simpatía por Prim. Lo creían uno de los suyos. De la misma manera que los mestizos apostólicos de Cuba creían mestizo—probablemente no sin razón—al general Martínez Campos, los judíos de Tetuán suponían que Prim descendiera de judíos convertidos. Su apellido lo hace pensar. Tanto como el apellido, los rasgos antropológicos del general tal como se ven en el retrato de Fortuny (Museo de Barcelona, cuadro «Batalla de Castillejos»). Los judíos conocen a sus afines y veían en la guerra una plaga para el odiado Mahoma. En nombre de Moisés, ayudaban a Cristo contra Mahoma. En Marruecos, como en todo el mundo de concurrencia semita, hebreos y árabes rifien constantemente. Manejando Prim a los hebreos y siendo éstos adictos al general, le preparaban éxitos en el espionaje de retaguardia. O'Donnell se servía del espionaje de moros de los llamados leales, no de judíos. El antagonismo de las dos ramas semitas era en Tetuán una guerra perpetua. Sólo faltaban los espíaes para agravarla y acababan de llegar. Pocas veces faltan cuando se trata de estorbar.

En el libro de Pedro Antonio de Alarcón «Diario de un testigo de la guerra de Africa», se ve que el mando se vió desbordado en Marruecos por la soldadesca, que se creía heredera del Santo Oficio y maltrataba a los judíos de Tetuán, lo que hubo de atajarse porque molestaba a Prim. Alarcón permaneció durante toda la guerra en el Estado Mayor del general Ros de Olano. Este era poeta. ¿Se concertó con Alarcón para ser ambos observadores de la guerra Prim-O'Donnell, que nada tenía de poética? En todo caso la obra de Alarcón, que se presenta como testifical, no se puede negar que es de un testigo. Testigo de descargo para que los generales queden bien.

Antes de entrar las tropas en Tetuán hubo una batalla campal el 4 de febrero de 1860. Azorín nos recuerda en una crónica de «ABC» (Madrid, 8 de enero de 1950) que la batalla en cuestión fué «bonita». Copia una frase del hispanista francés Charles Iriarte en su libro «Souvenirs du Maroc» (1863). O'Donnell tuvo más participación activa para contrarrestar el acto de Prim en Castillejos. Quería O'Donnell aumentar su repertorio de títulos y ser algo más que conde Lucena, sirviéndose de una batalla bonita. Pintoresco calificativo por cierto. Demuestra lo que era España, cargada hasta las cachas de generales bonitos. Alarcón se dejaba llevar de la teoría mahometana, achacando las victorias a la divinidad. «Ya no tenemos enemigos—escribió—ni donde buscarlos. Dios ha combatido con nosotros». ¿Cómo no evitaban las tercianas?

—o—

Si faltara algún motivo para creer a Prim descendiente de judíos—lo que no es ningún desdoro—podríamos alegar unas estrofas del Romancero Colonial Luis Antonio de Vega. En el medio hebreo de Marruecos oyó todavía el autor en 1934 este fragmento de romance:

**El general D. Juan Prim
Tiene la barba galana
Una sonrisa judía
Lleva en los labios rizada.**

Estilo hebreo. Recordemos la amplia información sobre modalidades hebreas castellanas que apunta Amador de los Ríos en su reivindicación del hebraísmo. Recordemos el habla de los judíos de Salónica, a los que hemos tratado en los campos de concentración de Francia. Sabido es que Salónica era una ciudad turca. Como los turcos eran aliados de Alemania en la guerra del 14, pasó Salónica a ser griega por los tratados de paz. Pero siempre fué judía, hispanojudía desde el tiempo de la expulsión. La persecución contra los judíos nos confundió con ellos en los campos de concentración desde 1940 hasta el verano de 1944 y pudimos fraternizar todos. Los procedentes de Salónica se expresaban en un castellano con apego de expresiones deferentes, expansivo para rodeos de cortesía. Recuerdo que un judío de Salónica y yo leímos despacio el texto del famoso autógrafo de Colón enviado desde Sevilla a Génova. Lo encontró perfectamente adaptado a la manera judía, sobre todo en la frase «las cosa de mi empresa ya lucen». Y en cuanto a las estrofas recogidas por Luis Antonio de Vega, que le recité, me aseguró que eran de señalado estilo hebraizante.

Terminada la guerra de Africa regresaron las tropas a España. Quedó firmado el tratado de paz. El emperador de Marruecos puede decirse que firmó en blanco. Había sido una guerra sin muchos lances. Prim lucía una cruz que le otorgó el Gran Turco triunfante en pago de la presencia del inquieto hijo de Reus en la guerra de Crimea. Era algo así como musulmán honorario, sin perjuicio de terciar contra los musulmanes de Marruecos. Y respecto a Isabel II, Prim la vitoreó y aduló en Africa hasta el delirio. Nueve años después la destronó. España es un mapa de antojos. Ningún español fué tan amigo de Isabel II en París cuando ella vivía desterrada como el embajador Albareda, que la había destronado sirviéndose del triángulo Prim-Topete-Serrano.

España exigió a los moros una indemnización que pagaron éstos en ochavos morunos. Circularon por España con profusión porque se empleaban para hacer limosnas y favores. Cuando una mujer iba a comprar pan con ochavos morunos, el panadero ya sabía que se trataba de una pobre de solemnidad y regalaba el pan, devolviendo los ochavos. Todo lo que se relaciona con la guerra de Africa, si no fuera trágico, parecería ideado para tramar un sainete de charrascos que se enredan entre las piernas.

La llegada de las tropas a España, sobre todo la recepción de los voluntarios catalanes en Barcelona, fué una de esas fiestas bullangueras a base de pastas fritas, con discursos alusivos a Covadonga, Lepanto y Clavijo. Los oyentes no sabían una palabra de Clavijo ni de Covadonga, pero se imponía la parquedad. No era cosa de explicar históricos líos en momentos de estruendo. Bastaba la cita patriótica para que los españolistas relincharan.

Asistieron a la recepción las autoridades barcelonesas en bloque, sin exceptuar los alcaldes de barrio ni el prelado. Para dar carácter al agasajo, concurrió en pleno la Sociedad Carnavalesca del Borne. La tropa quedó cubierta de versos. Joaquín Rubió y Ors, Antonio de Bofarull, más que nadie Víctor Balaguer, no dejaron la lira en paz. Balaguer reunió en un libro «Jornadas de Gloria» (1860) con estampas muy coloristas, el relato de la campaña y de la recepción. La tremenda injuria de la Media Luna quedaba lavada con rípios y Barcelona aquejada de españolismo agudo. Balaguer y Bofarull eran

historiadores fantásticos y estaban en su papel. Pero nadie hacía sospechar que Rubiò pudiera convertirse en otro delirante ante unos cuantos bereberes mutilados.

— 0 —

En 1860 se publicó la celeberrima obra escolar de Pío Castillo «Lecciones en verso de la Historia de España». Después de andar con muertos auestas, después de ganar batallas sin fin y sin necesidad de pegar un tiro, Castillo llegaba con la sangre tan ardiente a la guerra de Africa que se salía de quicio:

Bajo la verde oliva reposando
Sobre su muelle lecho de laureles
El león español estaba cuando
Osaron provocarlo los infieles.
O'Donne'l, cuanto experto, valeroso,
Prim, el rayo de muerte apellidado,
Echaque el fuerte, Ríos el coloso...

El poeta no sosiega sin sacar a escena de nuevo a Prim, que aparece como un arcángel de Reus con polainas:

Del catalán Aquiles la bravura
El principio del año solemniza,
Y con una victoria lo inaugura
Que con razón su nombre inmortaliza.
Prim fué el primero que en la turba impía
Cual rayo penetró que se desliza,
Y de la espada invicta a los reflejos
Su enseña alzó triunfante en Castillejos...

Los niños de las escuelas cantaron a coro un himno. También las pobres criaturas tuvieron que tomar parte en la lidia, El toro era la Media Luna.

El clarín os llamaba al combate
Y acudisteis cual cumple al leal,
Que no faltan jamás españoles
A vengar el odio nacional...

Madrid no quedó a la zaga. Ventura de la Vega, olvidando su ingenio, escribió una Cantata de circunstancias que puso en solfa Hilarión Eslava. La Cantata tuvo un momento de jarana en presencia de los reyes (8 de abril de 1860) en el Conservatorio de Música y Declamación. He aquí algunos trozos de la Cantata, copiados del libro «Guerra de Africa», Madrid, Edición Ducazcal, 1860:

CORO

Cruza el mar la invicta hueste
A salvar la vil mancilla,
Los leones de Castilla
Y las barras de Aragón.
Al rumor del torpe ultraje,
Indignado el pueblo ibero,
Ya desnuda el fuerte acero
Y la vaina al viento da.

RECITADO

Alza en vano el Estrecho montes de olas,
En vano el viento brama,
Lanza en vano mil kábilas la sierra
Con impetu salvaje,
Y muge el huracán,
Sopla la peste
La lluvia inunda el suelo...

Felipe ALAIZ

(Terminará en el próximo número).

“CENIT” a sus lectores y amigos

Sois asiduos compradores de «CENIT». Su simple adquisición os da derecho a consideraros colaboradores de nuestra Revista.

Vuestra opinión, por lo tanto, nos interesa.

A cada uno de nuestros lectores le preguntamos:

¿Qué te desagrada de ella?

¿Qué desearías leer en «CENIT»?

¿Qué modificaciones sugieres para que su presentación sea más agradable y su lectura más amena?

No vaciles en expresar tu pensamiento.

Aunque tu opinión te parezca pobre, ella puede y debe aumentar el caudal del saber humano.

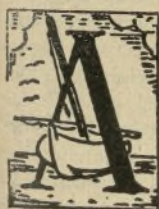
Ecós de la vida inglesa

Dos charlas en la B. B. C. de Londres

Los anarquistas pacíficos

II

MAQUINARIA Y PERSONALIDAD



Al final de mi primera charla, en la que intenté expresar la actitud de la gente que yo llamo «anarquistas pacíficos», dije que no teníamos mucho tiempo si queremos asegurarnos de que el Poder sirve al pueblo. Cuando dije eso, yo no pensaba en la amenaza de otra guerra mundial mucho más destructiva que la anterior. Presumía que tal guerra puede ser evitada. Nuestro mundo puede vivir en paz dividido en dos vastos y terriblemente armados sistemas de Poder.

Pero, ¿qué le ocurrirá al pueblo, no a las unidades de trabajo, cantidades en las partes, sino al verdadero pueblo, a las personas? Son las personas quienes conocen la vida, y el valor intrínseco fundamental de la sociedad en que viven, depende de la cualidad de ese conocimiento. Esta es una de las cosas que olvidamos siempre, y en verdad que se hacen grandes esfuerzos para ayudarnos a pasarlo por alto. Pero existen preguntas que debiéramos hacer continuamente: ¿Qué le está ocurriendo a la personalidad? ¿Cuál es la cualidad de nuestro conocimiento? Si una sociedad no puede soportar la prueba de ellas, entonces todos sus planes para la seguridad social, todos sus altos salarios y corto horario de trabajo, todas sus maravillas de ciencia e invención, utensilios, comodidades y conveniencias, toda su pompa nacional y cívica, sus desfiles, etc., son de poca o de ninguna importancia. Nosotros sabemos que tenemos una perspectiva de vida mucho más amplia que la que tuvieron nuestros padres; pero aún debemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿Qué clase de vida?

Ahora permítaseme explicar por qué yo creo que no queda mucho tiempo. En épocas pasadas, el mundo se componía de un número de sociedades que iban evolucionando lentamente, cada una de ellas disfrutando de algunos puntos de vida diferentes. De éstas se desprendieron la sabiduría y el arte que han heredado nuestras bibliotecas y museos. Pero ahora parece como si no existiera más que una forma de vida, una sociedad, y todo el mundo marchara en una sola dirección. Mucha gente negará esto. Muchos nos pedirán que fijemos nuestras miradas en América y en Rusia, que contemplemos cómo se desafían la una a la otra; que veamos enfrentarse dos enormes competidores, dos sistemas distintos. Pero es una de las ironías de nuestro tiempo el que estos furiosos antagonistas se parecen mucho el uno al otro en numerosos puntos importantes, y corren más o menos en la misma dirección, arrastrando con ellos la mayor parte de las más viejas y más pequeñas comunidades. Además, en este movimiento de dirección única de nuestra sociedad, parece existir una aterradora aceleración. Vayamos donde vayamos, vamos marchando hacia allí más y más

a prisa. Al mismo tiempo, *en route*, están ocurriendo ciertas cosas, y muy pronto, si éstas no nos gustan, será muy tarde para hacer nada en torno de ellas. Será muy tarde, porque no queremos incluso hacer nada. Un hombre encerrado en una prisión puede multiplicar los intentos de fuga si aún se acuerda de la luz del sol, del aire y de la vida libre del exterior. Pero si un hombre ha olvidado el mundo allende los muros, si se da en pensar que la prisión es el mundo, entonces no querrá ni siquiera escapar. Yo no pretendo que nuestra situación sea hasta tal grado desesperada, pero sigue el mismo camino.

No tenemos mucho tiempo porque la personalidad está perdiendo terreno en toda la línea contra el Poder. Existen dos razones principales para esta derrota. La primera es el sacrificio de la libertad y responsabilidad individual al interés del Poder, especialmente del Estado. La segunda es el rápido desarrollo de lo que se llama volumen de comunicaciones. Volveremos sobre esto más tarde. Ahora consideremos la pérdida de la libertad y responsabilidad individual. Por favor no os imaginéis que aquí entra la política de partido. Considerado desde este nivel, la política de partido no es otra cosa que lucha ficticia. Incluso en este país, el ciudadano ordinario es manejado en una forma que habría incitado a nuestros antepasados a una rebelión instantánea. Los derechos más elementales son negados al pueblo incluso en las llamadas democracias. Y en lo que concierne a los países comunistas, la masa del pueblo vive solamente con la benévola autorización del partido en el Poder. Este es probablemente el más afrentoso juego de todos los tiempos. El jefe del partido decide todo para todo el mundo, lo que quiere decir de hecho que todo el florecimiento de la vida humana, está rígidamente controlado. E inclusive en el Occidente, los poderes políticos y económicos están reduciendo despiadadamente el área de responsabilidad del individuo por su propia vida. Los hombres de mi generación tenían más control sobre sus propias vidas cuando se hallaban en sus primeros años, que tienen hoy día como hombres de edad. Por lo que respecta a los jóvenes, ellos han olvidado o no han conocido nunca los derechos que se han perdido. Ellos aceptan sin discutir la regimentación política y burocrática.

He aquí un caso de prueba como simple comparación: el sistema de pasaporte. No he oído nunca a un miembro de la joven generación objetar y desafiar este sistema. Sólo unos cuantos hombres y mujeres mayores que recuerdan el haber viajado al extranjero antes de la primera guerra mundial, cuando no hacían falta los pasaportes, se quejan sobre ello de vez en cuando. ¿Qué importa? Después de todo, tener que enseñar un pasaporte es solamente una molestia menor y cualquier ciudadano honesto puede obtenerlo fácilmente. Pero decir esto es equivocar la cuestión de todo el sistema. Si un hombre no puede salir de su país sin enseñar un pasaporte, entonces su gobierno le tiene completamente bajo su férula. No hace falta que le acuse de ningún crimen, no

hace falta que le detenga, para evitar que se escape, para restringir sus movimientos. Todo lo que tiene que hacer es retirarle el pasaporte, tal vez con la excusa de que existe alguna irregularidad sobre él, y entonces ya no hay esperanza de que pueda salir del país.

LOS SELLOS Y LA FELICIDAD HUMANA

Esto es precisamente lo que ha ocurrido una y otra vez en los países totalitarios; sí, y en países que se dicen no ser totalitarios. Algunas de las más desgarradoras escenas que yo he presenciado han sido en las oficinas de pasaportes y visados, donde desgraciados seres humanos, de vida miserable, se han estrellado contra la inhumana maquinaria de la burocracia, de forma que uno sentía el ansia de demoler tales lugares y hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Después que uno ha visto desaparecer la vida de la cara de un hombre porque al pedazo de papel que él posee le ha sido denegado el sello, no vuelve a considerar nunca más el sistema de pasaportes y visados como una molestia menor. Esto empieza a crear un mundo en el que los papeles oficiales y los sellos tienen más importancia que la esperanza y la felicidad de los seres humanos.

Cuando yo era joven, leíamos u oíamos decir que tales cosas ocurrían en la Rusia zarista, y ellas parecían tan remotas, tan alejadas de nuestras vidas como la jauría de lobos siguiendo un trineo. Pero ahora todos aceptamos tal control casi sin un murmullo. Damos por supuesto que no podemos movernos por el mundo sin obtener toda clase de permisos burocráticos. Aceptamos el vivir con la autorización de nuestros gobiernos respectivos; reconocemos que el hombre existe para el Estado y no el Estado para el hombre.

Este es un ejemplo—y sería fácil encontrar muchísimos otros—, que muestra cuán lejos y cuán a prisa hemos marchado, no de una imaginaria e ideal libertad civil, sino de esos derechos del individuo que verdaderamente poseíamos hace cuarenta años. Puede argüirse que en la práctica y no en teoría, la pérdida de esos derechos, es apenas sentida por la masa del pueblo. Eso puede ser verdad. Tal vez sólo son las personas excepcionales quienes verdaderamente sufren por la pérdida de tales derechos, quienes sienten profundamente la restricción de su libertad. Pero estas personas excepcionales son las que dan mayor contribución a nuestra civilización. Finalmente es de su fuerza creadora y originalidad que sacamos nuestro supremo beneficio y éste mermará pronto si permitimos a las inteligencias políticas y burocráticas tasar el valor de la fuerza creadora y de la originalidad. De cualquier forma, el mal fundamental persiste; que los seres humanos están forzados a adaptarse a la máquina del Poder; que nos hallamos en peligro de perder de vista lo que el hecho es en sí; que en vez de ser las personas las que ocupen el primer plano, es el Estado el que es el primero, o la industria, o el desarrollo científico, o justamente la general locura. Organización y maquinaria, que deberían ser nuestros sirvientes y no nuestros amos, exigen que nos adaptemos a ellos. Voces idiotas impacientes nos dicen que nuestra Humanidad fundamental se halla en camino. Que debiera haber más y más adaptación nuestra hacia ellas.

PELIGROS DE LOS MEDIOS DE INFORMACION

Esto me lleva a la segunda razón del por qué la personalidad se halla en peligro de ser derrotada y el por qué te nemos tan poco tiempo que perder. Como he dicho an-

tes, esta razón consiste en los progresos rapidísimos de lo que se llaman medios de información: la prensa popular, películas, radio, televisión. Estos no son malos por sí mismos: si yo los considerara malos, no me hallaría ahora haciendo uso de uno de ellos; pero ellos pueden ser peligrosos a causa de su enorme influencia, especialmente sobre los jóvenes y los impresionables; porque principalmente demandan inmensos capitales y son difíciles de manejar por pequeños grupos; porque incrementan y refuerzan enormemente los instrumentos del Poder. Así ellos tienden a suprimir más bien que a reforzar cualquier cosa que incite a la variedad y ensayos de vida, independencia de pensamiento, espíritu de aventura, a la triunfante existencia de la imaginación. Incluso aunque las gentes que se hallen encargadas de estos servicios sean bien intencionadas, ellos pueden perjudicar porque son demasiado grandes, demasiado escandalosos, demasiado costosos, demasiado complicados en su elaborada técnica mecánica, demasiado impersonales. En el peor de los casos, cuando son explotados abiertamente con un fin noble, ellos subordinan la genuina personalidad a la mentalidad y fines de la masa, produciendo así más y más regimentación en la vida política, social y cultural. Llegan a convertirse en la voz de un mundo de unificación y producción en masa en el trabajo y en el juego. Mal usados, para servir al Poder, político o económico, y atrapar y retener, como hacen, a un vasto número de jóvenes, ellos tienden a crear un público mentalmente pasivo, reacio a hacer el menor esfuerzo.

Un ejemplo claro de esta tendencia puede ser encontrado en esas grandes y fabulosamente costosas películas de Hollywood que deliberadamente desfiguran la historia, la ciencia, la biografía, el pasado así como el presente, a fin de que los *Joes* y *Mamies* en todas las ciudades de América no tengan que hacer grandes esfuerzos para comprenderlos. La misma mala tendencia puede ser observada en grandes secciones de la prensa popular, la cual, a pesar de todos nuestros programas de educación, apela a un nivel mucho más bajo que al que acostumbraba a hacerlo. Y lo peor es que esta nueva educación en masa parece poseer un curioso y melancólico poder hipnótico. Ella no despierta a la gente, pidiéndole sea observadora, crítica, imaginativa, sino que los deja dormidos. Yo no digo que esta masa de medios de comunicación deba hacer eso inevitablemente; quiero decir que en general, esto es lo que tienden a hacer, y que los resultados de su hipnosis, con su triste efecto destructor de la personalidad, pueden ser comprobados ahora aquí, y en América son evidentes de una forma alarmante. Mucha gente tal vez sea más limpia, más meticulosa, más callada de lo que acostumbraba a ser, pero también parece más tonta y más vacía, como si el carácter empezara a desaparecer. Una sociedad puede ofrecer un paraíso de maravillas mecánicas y sin embargo fallar desastrosamente por estar compuesta de individuos que han perdido aliciente, imaginación, alegría, y temen, y se hallan cargados de tedio y melancolía, y empiezan a pensar y a actuar como esclavos más bien que como hombres libres. Aquí, en el desenvolvimiento de todos estos instrumentos de poder que amenazan a la personalidad misma, está el peligro. Debemos presentarle cara mientras conservemos el juicio para reconocer que es un peligro.

En conclusión, pensad que no he intentado elaborar un cuadro completo de nuestro tiempo, el cual lleva en sí mucho de nuevo y bueno. Me he concentrado deliberadamente en los aspectos que parecen amenazarnos a muchos de nos-

OPINIONES

Existencia y Religación



CUANDO hacia el curso de Historia de la Filosofía Contemporánea y más tarde en el curso de Metafísica, me tocó hacer trabajos en torno al problema de Dios. El tema es interesante y se presta a grandes comentarios. ¿Quién que pueda llamarse mediamente culto no se ha mortificado alguna vez por conocer la problemática que rodea a la deidad? Nuestro tiempo ha resucitado la cuestión acerca de Dios. Nuestra época vuelve a contemplar esta cuestión. Nuestros intelectuales vuelven a preocuparse por Dios. Es una preocupación que dignifica a la filosofía, pues el problema se discute y se investiga sobre bases científicas y no sobre dogmas o supersticiones.

El problema de Dios en la filosofía contemporánea ha sido considerado por Xavier Zubiri. Pero antes de adentrarnos en la hermeneútica zubiriana conocamos someramente la explicación que nos hace Julián Marías (1).

Julián Marías es un pensador español que ha venido preocupándose hondamente por los problemas filosóficos que rodean al ente humano. Su bibliografía es interesante, ya que profundiza en la obra del Padre Gratty, Miguel de Unamuno; analiza la metafísica de Leibniz, la psicología de Brentano, la nihilidad de Heidegger, etc. En su libro «San Anselmo y el Insensato», nos presenta una serie de ensayos, de su vida de joven estudiante unos y de posterior desarrollo otros. Al analizar la cuestión de la existencia de Dios, Marías nos dice que **Dios es una idea mía, que la mayor parte de la dialéctica en torno al problema de Dios consiste en el intento de convencernos de que Dios no es sólo una idea mía (2).**

El ateo no niega la divinidad de un ente con el cual se encuentra, sino que dice, simplemente, que no hay un ente que encuentra frente a sí. «Las cosas están ahí, y son el punto de partida para preguntarse por ellas: en el caso de Dios, el punto de partida es una idea que el hombre tiene y a la cual corresponde o no una realidad.»

En el caso de Dios, lo problemático es el objeto mismo, y es menester conquistarlo previamente. El problema del ente divino se plantea como el de su

otros. No nos imaginamos que somos víctimas de complots, que hombres perversos hacen todo esto. Absorbidos en su obra, incluso muchos hombres de buena voluntad, empiezan a olvidar el fin esencial al que esta máquina debería servir. Ellos se encuentran tan atareados ensayando, analizando y dictaminando sobre el agua del baño, que no se acuerdan de haber tirado al niño por la ventana. Atraer la atención sobre estos yerros es la voluntad y el deber de los anarquistas pacíficos.

J. B. PRIESTLEY

existencia, y hay que enfrentarse con la áspera cuestión de las pruebas de la existencia de Dios.

Expresa Marías que «la afirmación de Dios es decisiva para la vida del hombre y por ello la ética está vinculada al problema de Dios. El trato con Dios no es primariamente filosófico, sino religioso y esto hace que vengan a la filosofía motivos extrafilosóficos que la determinan, y que así queda afectada por la dimensión religiosa del hombre y de la historia».

Marías nos presenta un ligero panorama de la idea de Dios a través de la historia: en Aristóteles, Dios aparece como el primer motor inmóvil, como fin del movimiento, que le da su unidad a éste y al mundo, pero no es un Dios creador. En el pensamiento cristiano, donde Dios aparece como un ser que ha creado el mundo de la nada y lo ha puesto en la existencia; pero esta idea, ajena al pensamiento helénico procede del Génesis. Más adelante, Plotino, ya bajo la influencia del cristianismo, intenta pensar sobre el mundo como algo producido e interpreta el origen del mundo como «**emancipación del Uno**», no de la «**nada**». Este panteísmo emanatista es el modo de pensar la creación con conceptos de la Helade, rehuendo el problema de la «**nada**».

Expresa Marías que la inflexión radical que sufre el problema de Dios no proviene de la dialéctica filosófica misma, sino de una interferencia religiosa que plantea el problema desde otra idea de Dios. Se ha olvidado este punto a menudo, **el tema de Dios nos viene por una vía religiosa.** Durante mucho tiempo se ha querido plantear la cuestión como algo meramente filosófico; pero la verdad es que no partimos de una realidad dada, sino de una idea que hay que tomar en su primitiva originalidad allí donde la encontremos y la encontramos justamente en la religión. La idea de la Divinidad surge primariamente en el hecho religioso. Para Marías, **las grandes fallas del problema de Dios en la historia de la filosofía han nacido de este olvido de que la idea de Dios tiene su origen real en la situación religiosa del hombre.**

Julián Marías nos presenta luego el pensamiento de otros inquietos en torno al problema de Dios. Para Ortega y Gasset «la vida es lo que el hombre hace con las cosas». Vivir es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar con él, ocuparse de él. Yo soy yo y mi circunstancia... «Las cosas se dan en la vida y son ontológicamente posteriores al mundo con el cual yo hago mi hacer que es vivir.»

Por otra parte, Heidegger nos dice: «El ente humano supone un modo primario, una situación radical de la existencia, que es el estar en un mundo. Por tanto, la realidad que llamamos **existencia o vida** envuelve ontológicamente mi ser y el del mundo. El mundo es una **constitución formal** del ser humano en cuanto tal.»

Vemos así que el tema de Dios aun no ha sido tocado por Heidegger, ni por Ortega. Es Xavier Zubiri, quien se adentra en la problemática acerca de Dios. Su ensayo titulado «En torno al problema de Dios» ha sido considerado por Marías como el intento más

importante hecho por la filosofía acerca del problema de Dios, desde los días del Padre Graty hasta hoy. Zubiri señala que **la filosofía ha seguido hasta ahora planteando la cuestión de Dios, basándose en que, además de las cosas, existe Dios.**

Zubiri se pregunta si la existencia de Dios no es más que algo consecutivo y no mas bien algo **constitutivo** del hombre, para que el ser de éste sea ya **un ser en Dios**. La posibilidad filosófica del problema de Dios consistirá en descubrir la dimensión humana dentro de la cual esa cuestión ha de plantearse. Zubiri supone que la existencia humana consiste **en encontrarse con las cosas y, cuidándose de ellas y arrastrado por ellas, hacerse a sí mismas**. La existencia humana está **arrojada** entre las cosas. De aquí procede la indigencia del hombre, su habilidad ontológica radical. El hombre está implantado en la existencia o implantado en el ser. Porque si existir quiere decir «el ser que el hombre ha conquistado transcendiendo y viviendo», entonces el hombre no es su vida, sino que vive para ser. Entonces sería de algún modo allende su existencia en el sentido de **vida**. Este ser mismo del hombre sería su personalidad. La persona es el ser del hombre y se encuentra implantada en el ser para realizarse, mediante el vivir, con las cosas, con los demás y con nosotros mismos. Este «con» es un carácter ontológico formal de la persona y por eso la vida del ser humano es personal. Y en virtud de ello puede ser «impersonal» o «despersonalizada».

Xavier Zubiri establece una serie de principios capitales: el hombre **existe ya** como persona y su entidad consiste en tener que realizarse. La vida es misión, algo impuesto al hombre, está atado a la vida, pero **no por la vida**. Esto es lo que **impulsa** al hombre a vivir. El hombre sin cosas no «es», necesita que lo hagan hacerse a sí mismo, pues por sí solo no tiene fuerza para estar haciéndose, «para llegar a ser». No sólo «hay» cosas y el hombre tiene que hacerse con ellas, sino que «hay» lo que hace que haya, lo que hace vivir. Estamos **obligados** a existir porque estamos previamente **religados** a lo que nos hace existir. Existir es existir «con» **lo que religa la existencia y religa con ella el mundo entero**. En la religación estamos sometidos a algo que **nos hace ser**. En ella «venimos de» y **al reconocer** que «hemos venido» así reconocemos **lo que hace que haya**. La religación muestra la fundamentalidad de la existencia humana. La existencia **consiste** en religación o religión.

El estar abierto a las cosas muestra que **hay cosas**; el estar religado descubre que hay lo que religa y es raíz fundamental de la existencia. A esto que estamos religados en nuestro ser entero llamamos Dios y éste aparece como el **ser fundamental**. La existencia, por consiguiente, **tiene fundamento**.

El hombre **va** a las cosas y las encuentra, pero **viene** de Dios y no puede encontrarlo, porque Dios no

es cosa. El hombre se encuentra a sí mismo en Dios, constitutivamente religado. El problema de Dios es el problema de la religión, y está ya **planteado** en el hombre por hallarse éste **implantado** en la existencia.

El análisis de la existencia, llevado a su extremo, la muestra, como **religada**. Esto lleva al fondo o fundamento de la persona. Así descubrimos que hay algo distinto de nosotros y de la existencia que nos liga a ella. Vivir es un quehacer y esto supone un **esfuerzo** y requiere fuerzas. Necesito fuerzas —dice Zubiri— por tanto, a la vez para vivir y para no vivir. Hay algo que **me hace vivir y me da fuerzas para ello**. Por la religación, al mismo tiempo, tengo que vivir y puedo vivir.

De aquí Zubiri se enfrenta al problema del **ser** en relación con Dios: «el hombre posee la facultad de conocer y el conocer se mueve en el ser. En el conocer el hombre comprende **lo que hay** como **ente**. El entendimiento conoce porque encuentra que hay cosas: pero también encuentra que **hay lo que hace que haya**: Dios. Dios es lo que hace que haya. Comprenderlo será alojarlo en el ser, en un nuevo ser pensante.

Este regreso del ser a las cosas, de los hombres y la propia persona a los entes ya conocidos es llamado por Zubiri **metafísica regresiva**. Estos entes son conocidos por **una razón-ente, un ser-razón**, que junto con la **religación** intenta una demostración «discursiva» de la existencia y de los atributos de Dios. El análisis de la existencia religada exige necesariamente la marcha del entendimiento hacia Dios.»

Dios, como fundamento, es quien hace posible la **libertad**; la implantación del hombre en el ser le constituye como ente libre y así **está siendo libre**. En la religación, el hombre, cuyo ser es ser haciéndose, adquiere su libertad, su relativo ser **absoluto**: — absoluto, explica X. Z., porque es **suyo**; relativo, porque es adquirido.

La misma religación nos explica cómo es posible el **ateísmo**: el ateísmo consiste en una **desligación**, en una existencia desfundamentada. La soberbia de la vida hace que el hombre se tome como absoluto, se endiose y entonces diviniza la vida o la persona; entonces está desligado o bien **dejado de la mano de Dios**. «Y sólo el fracaso íntimo y radical de la vida puede mostrar su falta de fundamento y descubrir al ateo que su desligación suponía una previa **religación**, que era ateo en y con Dios.»

Osmán DESIRE

(1) Este pequeño trabajo es una breve exposición del pensamiento de Julián Marías a través de su obra «San Anselmo y el Insensato y otros estudios de filosofía». Revista de Occidente, Madrid, 1944, y «Naturaleza, Historia, Dios», de Xavier Zubiri, Madrid, 1944.

(2) Subrayados nuestros.



Cuentos de la Noche

EL PERSEGUIDO



HACIA horas ya que deambulaba sin rumbo. Decíase con angustia que, si antes de caer la tarde, no había encontrado casa donde acogerse, su situación sería desesperada. Los alemanes empezaban a patrullar después del «couvre-feu» y nada le salvaría de caer en sus manos.

No conocía a nadie en Toulouse. Venía huyendo del Ariège, donde habían realizado varios actos de sabotaje. Los dos que le acompañaban fueron detenidos por la gendarmería en una carretera. Su destino dependía del alma de los gendarmes. Si eran adictos a Vichy, su suerte estaba echada. Si eran simpatizantes con la Resistencia, quizá por la noche serían liberados, sin entregarles a la policía militar alemana.

El, con su acento extranjero, su semblante cetrino, su talla de buen mozo, ¿dónde podría meterse, sin ser notado?

En aquellos días, el peligro de esconder a un perseguido era muy grande. Por mucho menos se iba a morir a los campos de concentración en Alemania. Además, como español, no cabía esperar más solidaridad que entre los españoles. En Toulouse había muchos, pero él no conocía ninguno; sobre todo no conocía ninguna dirección. Venía ya, acosado, desde el Norte, de donde escapó, huyendo de una compañía de trabajadores «voluntarios». Se agregó a un maquis como refugio. Allí, sin embargo, su práctica de la guerrilla y su experiencia de la guerra de España le convirtieron pronto en un elemento precioso, y él se encontraba bien en aquel trágico juego con la muerte, que esperaba todos los días detrás de cada árbol o de cada montículo de tierra.

La noche iba llegando. Caminaba él, recorriendo calles, totalmente a la deriva, preguntándose a cada instante donde podría meterse. Los pies le dolían y una inmensa fatiga iba apoderándose de su cuerpo. De pronto una voz femenina susurró a su oído:

— «Tu viens, chéri?»

El se volvió a medias. Vió una muchacha joven, con un cigarrillo entre los dedos y la sonrisa invitadora propia de su profesión.

En el lapso de un segundo, recordó él cosas oídas a viejos militantes: las veces que, huyendo de la policía o de los pistoleros de Bravo Portillo, encontraron refugio en los burdeles del distrito V.

— ¿Por qué no? — pensó él a su vez.

Palpó sus bolsillos. Llevaba aún bastante dinero. Podía pagar una mujer y una habitación por aquella noche.

Miró a la muchacha y le dijo:

— Vendré contigo, a condición de que pasemos toda la noche juntos y no en un hotel de pasadas.

— ¡Oh, es muy caro eso! — exclamó la mujer. — Me vas a hacer perder muchos clientes.

— ¿Cuánto vale toda una noche?

— No te la cedo por menos de cinco mil francos

¡Cinco mil francos! Suma exorbitante aun en 1943. Pero él no tenía más remedio que aceptar. Al día siguiente, cuando el sol de nuevo brillase sobre la ciudad, vería la forma de salir del paso.

— De acuerdo. Vamos a tu casa.

Ella le examinó, con mirada de desconfianza. El acento extranjero, la expresión de fatiga del semblante, los zapatos polvorientos, le indicaron que algo raro había en aquel hombre.

— Quiero el pago por adelantado.

— Te daré dos mil quinientos francos al entrar en tu casa y dos mil quinientos al salir. Ya comprenderás que el engaño puede ir a medias. ¿Y si al cabo de un rato me echas a la calle?

Reflexionó ella:

— Es lógico. Vamos — dijo al fin.

El se cogió a su brazo y empezaron a recorrer ca-



llejas infectas. Al fin se detuvieron ante una escalera obscura, que daba entrada a un «hôtel meublé».

La mujer subió al segundo piso y abrió una puerta.

Era una alcoba amueblada como todas. Una cama un armario, una mesilla, un par de sillas.

La mujer tiró la cortina y examinó de nuevo a su cliente.

— No eres muy rumboso — dijo con una sonrisa un poco despectiva —. Podías haber pagado una cena. ¿Hemos de acostarnos sin cenar?

Echó el mano al bolsillo.

— Toma; vé a buscar fiambres y fruta. Comeremos aquí mismo.

— ¿Y para beber?

— Compra lo que quieras.

— ¿Y si me voy y no vuelvo?

El sonrió con amargura. Estuvo a punto de decirle: Tanto mejor, pero se retuvo para no llamarle la atención.

— No lo harás. Espero que serás correcta con tus clientes.

— ¡Qué lo digas! ¡Aunque los hombres no os merecéis nada!

Salió ella. Cuando volvió, el extraño cliente se había descalzado y en mangas de camisa, echado sobre la cama, luchaba heroicamente con el sueño.

— ¿Quieres cenar en seguida o prefieres que me desnude?

La miró él de nuevo, con una mezcla de repulsión y de lástima. Jamás había tenido que recurrir a una prostituta. El pensamiento de tener que realizar el acto carnal con aquella mujer, que quizá media hora antes había sido poseída por otro o por otros hombres, le levantaba literalmente el estómago. Pensó en Carmen, su compañera, y la idea de que pudiese atrapar alguna enfermedad en el curso de aquel contacto fortuito y forzado, añadió el terror a la repugnancia.

— No, no. Cenemos primero — dijo, para ganar tiempo.

Con mucho esfuerzo engulló un sandwich y bebió un poco de vino. La mujer le miraba, cada vez más intrigada, segura ya de que detrás de todo aquello había un misterio.

El hombre era joven, apuesto, de hermosos ojos negros en un semblante enérgico, de acusados rasgos meridionales. La boca roja, la frente alta, cubierta de rebeldes rizos, hacían de él un verdadero tipo de galán de cine. Ella no comía mucho tampoco, absorta en su contemplación y en sus reflexiones.

Cuando hubieron simulado que terminaban la cena, ella empezó a desvestirse. El permanecía inmóvil, tendido en la cama, fumando silenciosamente.

Ella, casi desnuda, se inclinó sobre él.

— ¿Quieres o no? — dijo con voz breve.

El se sentó en la cama y la contempló en silencio. Estaba bien formada y sus carnes, aún jóvenes, eran

sanas y firmes. Le acarició él los senos y le dijo con dulzura:

— Eres bonita y bien formada y no quisiera ofenderte. Pero no tengo ninguna gana por el momento. Preferiría dormir antes unas horas.

Ella se sentó a su lado. No sentía decepción ni cólera. Poco a poco, la luz se iba haciendo en ella.

— No sabías donde pasar la noche, ¿verdad?

El movió la cabeza dubitativamente.

— ¿Estás sin papeles?

Se miraron los dos frente a frente.

— ¿Y si así fuera? ¿Me denunciarías a la policía?

— ¡Yo! No. No soy soplona. Pero prefiero que me digas la verdad. No vale la pena de que hagamos comedia.

Cogió la ropa que había dejado sobre una silla y empezó a vestirse de nuevo.

— ¿Qué vas a hacer? — le preguntó él, extrañado e inquieto.

— Me visto. No creo que el espectáculo de mi cuerpo desnudo te sea muy agradable. Tienes sueño. Duérme.

— Y tú, ¿qué harás?

— No tengas miedo. No iré a denunciarte. Me echaré a tu lado vestida.

Permanecieron largo rato silenciosos. El cansancio, la fatiga, al fin a él le rindieron. Sus ojos se cerraron y pronto su respiración fuerte y acompasada le indicó a la muchacha que dormía.

Apoyada sobre el codo, le contempló un buen rato.

— ¡Lástima de hombre! — se dijo para sí la prostituta —. Es joven y guapo y parece muy decente.

Sin hacer ruido se deslizó de la cama. Poco a poco acabó de vestirse; se repintó los labios y cogiendo un papel escribió estas líneas:

«Cuando te marches, cierra la puerta y deja la llave debajo de la esterilla. Buena suerte.»

Deslizó el papel en un sobre y puso en él los dos mil quinientos francos que le había dado el desconocido, dejándolo todo sobre la mesa, bien a la vista.

Se inclinó una vez más sobre él y con mano leve apartó los rizos que se le pegaban a la frente sudorosa. Dormía él tan profundamente que no sintió nada. Un enternecimiento casto, ausente de toda idea lujuriosa, se apoderó del corazón de la mujer.

— ¡Pobre muchacho! — murmuró. E inclinándose sobre el hombre dormido, rozó ligeramente sus cabellos con su boca.

Luego se deslizó por la puerta, que dejó entornada con la llave dentro.

La noche se comió su silueta. Las calles desiertas se poblaban de inquietas sombras. Los clientes eran raros; las patrullas frecuentes. Pero la prostitución es un servicio social necesario a la moral y a la salud de los ejércitos.

Federica MONTSENY

La vida y la muerte de las sociedades obedecen a un determinismo tan inflexible como la germinación de una semilla o la cristalización de una sal, de modo que si los sociólogos hubieran llegado a enunciar leyes semejantes a las formuladas por los astrónomos, ya podríamos anunciar las revoluciones como indicamos la fecha de un eclipse o de un plenilunio.

GONZALEZ PRADA.

• CRÓNICA CIENTÍFICA •

Síntesis de noticias interesantes



L Dr. Eduard Hartman, de París, anunció en el Congreso Internacional de Oftalmología celebrado recientemente en Washington, el descubrimiento de la anomalía que presentan las ondas nerviosas en el cerebro de los enfermos de glaucoma.

Se caracteriza esta enfermedad por el endurecimiento del globo del ojo, debido al exceso de tensión interna. Ataca a un dos por ciento de las personas de cuarenta años

de edad. Los trastornos emocionales son de mucha importancia en los casos de glaucoma. Explicó el Dr. Hartmann, que le impresionó mucho el hecho de que los enfermos de glaucoma, cuando se les administran sedantes para aliviarlos, pueden resistir dosis tan elevadas como los epilépticos.

Cuando fué posible hacer electroencefalogramas, o sea, registrar las ondas cerebrales para estudiar en forma más precisa la epilepsia, el Dr. Hartman y sus colaboradores iniciaron el estudio de las ondas cerebrales en los enfermos de glaucoma. De los dieciocho pacientes sometidos a observación, únicamente dos presentaron ondas cerebrales normales. Esto hizo pensar que los trastornos nerviosos en los enfermos de glaucoma son más bien la causa de esta enfermedad, y no sus efectos, como se había creído hasta ahora.

En el caso de once pacientes sometidos a exámenes de psiquiatría, el Dr. Hartman relacionó los efectos obtenidos con las ondas cerebrales. Se pudo observar alguna relación —dijo el Dr. Hartman—, pero el número de casos es relativamente pequeño para que pueda llegarse a una conclusión definitiva. Sin embargo, el Dr. Hartman opina que se ha descubierto un amplio campo de estudio y presentó varios temas que pueden dar pie para la realización de importantes investigaciones.

Las estaciones del año rigen la vida de los pájaros. En las zonas templadas resuelven los pajarillos su problema de la procreación, siguiendo las estaciones: todos los miembros de una especie anidan en una misma época y descansan el resto del año. Pero, ¿cómo han de guiarse los pájaros del trópico, donde no existen las cuatro estaciones bien diferenciadas? ¿Cómo han de hacer para formar sus parejas en zonas donde puede decirse que todo el año es verano, o donde hace un calor casi uniforme? Este problema, que ha interesado a numerosos científicos, quedó resuelto por el doctor Alden H. Miller, profesor de Zoología de la Universidad de California y Presidente de la Unión Americana de Ornólogos, después de un viaje de estudios realizado en la cuenca del río Magdalena, en Colombia. El Dr. Miller reveló sus descubrimientos en una reunión de la Unión Americana de

Ornitólogos que se celebró en Madison, Wisconsin, Estados Unidos de América.

Dijo el profesor Miller que los pájaros del trópico anidan todo el año. La época de celo parece estar determinada por factores ajenos a los cambios de estación. Cuando el pájaro llega a la edad en que puede procrear, busca su compañero sin tener en cuenta para nada la época del año. Después descansa durante un periodo prudente, antes de anidar nuevamente. Por eso se da el caso en el trópico de pájaros de una misma familia que anidan en épocas diferentes del año.

El Dr. Ruby K. Daniel, de Dallas, Texas, Estados Unidos de América, informó al Congreso de Oftalmología reunido en Nueva York, del caso de un hombre de 39 años de edad que enfermó de catarata a consecuencia de la alergia producida por la penicilina. Sufrió de una infección en el oído y para combatirla se le administró penicilina. Le apareció entonces una afección grave en la piel, que le duró dos meses. Parece que a consecuencia de esta afección le sobrevino la catarata. Por lo menos el paciente insistió en afirmar que su vista era normal hasta cuando enfermó de la piel. Expresó el Dr. Daniel que éste era el último caso de catarata que había observado en personas jóvenes.

Agregó que no siempre se debieron a la alergia producida por la penicilina.

La idea, aceptada corrientemente, de que el lenguaje tiene como función transmitir los propósitos o los sentimientos de una mente a otra, ha sido refutada por el Dr. O. Hovart Mowrer, de la Universidad de Illinois, Estados Unidos de América, en el discurso que pronunció ante la Sociedad de Psicología reunida en Nueva York, al terminar su mandato como presidente de la misma.

Explicó el Dr. Mowrer que el lenguaje sirve para relacionar una idea o conceptos con otros, en la mente del que habla o del que escucha. Agregó, entonces, que si una persona le dice a otra, por ejemplo: «Juan es un ladrón», es porque presume que el que lo escucha conoce a Juan y también que la idea del robo forma parte de los conocimientos de esa persona. Sucede así, que a consecuencia de esta declaración cambia en la mente del que escucha la idea que tenía de Juan, a tal punto que habrá de tratarlo de manera muy diferente en cuanto se lo tropiece y relacionará siempre la idea del «robo» cuando lo vea o cuando piense en él.

Durante la cuarta Asamblea General de la Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza, que se reunió en

Sôcrates y la suripanta



RITOBULO, amigo de Sócrates, encuentra al maestro del diálogo, vacando a la contemplación y la cháchara, entre la artesanía del barrio del Cerámico. Está el iluminado vidente tan seco, que lo escupe el cuello de la camisa. Critóbulo lo aborda con el corazón, como una flor, en la mano.

— ¡Hola, gnómico! ¡Terror de sofistas!

¿Qué tal? ¿Flaneando?

— ¡Psé! Haciendo ciudad, como los magistrados la

Copenhague, informó el profesor R. Spark, de la Universidad de la capital danesa, que en las últimas décadas se han reducido muchas de las especies de animales de las regiones árticas. La reducción de algunas especies, tales como el reno, que vive en la Groenlandia oriental, el narval, la ballena blanca y algunas especies de focas, se atribuye principalmente a los cambios climatológicos. Puede también deberse a la persecución de los cazadores. Los indios y los esquimales cuentan con rifles y embarcaciones a motor y muchas regiones árticas que eran inaccesibles, pueden visitarse ahora en avión. La morsa es muy rara actualmente en la parte oriental de Groenlandia, y en la región occidental el total de la población de morsas no pasa de siete mil a diez mil animales.

El Dr. Spark manifestó también que deberían adoptarse medidas para una protección de carácter internacional que evite la desaparición de las especies que habitan la región ártica.

* * *

Un psicólogo puede notar fácilmente la diferencia que hay entre la carta que deja escrita un individuo que realmente ha tenido la voluntad de suicidarse y el que finge el papel de suicida.

Los doctores Edwin S. Shneidman y Norman L. Farberow, del hospital neuropsiquiátrico para veteranos de la guerra y de la clínica de higiene mental, informaron a la Sociedad Americana de Psicología en su reunión celebrada en Nueva York, sobre los estudios de comparación que habían realizado con cartas de suicidas y las de los que habían simulado el suicidio.

Las cartas auténticas las proporcionó la Oficina de Investigación del Crimen de la ciudad de Los Angeles. Las cartas fingidas las escribieron personas que jamás habían pensado en suicidarse y a quienes se les pidió que lo hicieran como si realmente fueran a privarse de la vida momentos después. Se observó que las cartas de éstos eran las más angustiosas. Los verdaderos suicidas—notan los psicólogos—están más preocupados por las disposiciones que dejan escritas para que se ejecuten después de su muerte y aparecen en sus cartas mucho más serenos.

Dr. Rafael J. VALDES

deshacen: por el método atorrante ambulatorio. ¡Qué quieres! Me encanta ver rodar el torno en los alfares. Pues ¿y el ir y venir de las agujas de los sandaleros? Es una magia. Y nada digo de mis compadres del lanificio y de sus tintes que el Euripo da. Parece mentira que la sangre de una ostra produzca esos mirajes de color. No es extraño que de sus valvas surgiese Afrodita. La belleza al natural y el ver remar a los gramáticos en las norias, son las únicas cátedras, que me enseñan alguna cosa útil. En los obradores ha nacido la filosofía, como en los puertos la libertad. Estos hercúleos manuales, que nunca descansan, deben tener la alacena rebosando de pensamientos maravillosos. Su tráfigo de abejas solitas, me saca a mí a danzar todos los duendes del alma. ¡Es estupendo! Brazo y matriz son la sal y la miel más egeohiméticas.

— A propósito. Voy a un festejo, que esta noche da Teodota, la despampanante cortesana de Cirene. ¿No me quieres acompañar? Habrá allí cantores al modo lidio, frigio y dorio; coreógrafas de Gades; las mejores flautas y cítaras de Mitilene. Te encontrarás con todos tus jóvenes discípulos de ambos sexos; ellas, vestidas con tules de Calcis, que desnudan de tan vaporosos. El chipre, el quíos y el hidromiel tartesio, servidos en vasos de Mirra, correrán como el agua.

— Les entro siempre a Baco y a las Musas, y estaría mal que hoy les diese un feo. ¡Andando! A ver qué se aprende en cá de Teodota.

La casa de esta recomendable señorita es un ascua de oro. Y la parda túnica del filósofo vagabundo cae allí como una mosca en una jarra de leche. Pero, a los 5 minutos de incorporarse a la reunión, todo el concurso está rodeando al inhabitual huésped, prendidos hasta los gatos del filtro de su palabra, que es una lluvia de estrellas.

— Esa misma pregunta, caro Querécrates, que tú me diriges a mí, le hicieron una vez a Sófoles, ya casi nonagenario: si gozaba todavía de los deleites de Venus. Y el comediurgo contestó discretamente: «Doy gracias a Venus y a todos los dioses, de haberme sacado indemne, aunque no por completo, de las garras de ese loco furioso, que Eros encaprichado es.»

Cantantes, citaredos, bailarinas y su claqué, prorrumpieron en una carcajada homérica; de verdaderos olímpicos, que no tienen otra cosa que hacer que reír.

Molesta Teodota por el éxito del intruso, y la negligencia en que a ella la tenían, acometió a Critóbulo, agitando el brasero de diamantes y de joyas, que la tapaba:

— ¿Quién es esta mugrosa herrumbre, este rancio unto con que has enviscado mi soaré?

— ¡Caramba, qué lenguaje tan impropio de tu belleza africana y de tu cultura helénica, Teodota! ¡Ha-

blar así del varón, que es la lumbrera de nuestra ciudad! ¡Descónsiderar tan irrespetuosamente a quien es un Tales y un Solón en una pieza! ¿Ignoras que lo declaró la sibila délfica el más sabio de todos los hombres? ¿No ves cómo lo miman las muchachas? Lo adoran. Es su ídolo. ¿Y los efesos que frecuentan más su cámara, que el Pritáneo? Se los ha robado a Palas. Los ha apartado del juego y de las apuestas. Y todos los ladrones (taberneros y empresarios de caballitos) acusan al dómene de nuestra muchacha de que corrompe a la mocedad. Las almas de sartén del arcontado y el areopago lo quieren condenar a beber la cicuta, porque les desborrica a los hijos. ¿Y tú también lo juzgas tan mal? Repiénsate, Teodota, hechura divina, obra de Dios. Haz honor al significado de tu nombre.

— Preséntame a tu barbas.

— Con todo gusto. Sócrates, ven. Ahí tienes a la dueña de la casa, que quiere dejar en la tuya los anillos de sus manos. Es una Minerva Polias, por el poder de su hipnosis. Deja muerto a quien fija con los ojos. Teodota, *ecce* a Sócrates.

— ¿De qué vives? — interroga con descaro la he-taira al filósofo.

— De nada. De ilusiones. Del aire. De cuatro yerbas, que recojo por el monte, haciendo de escardillo mis manos. Soy un infatigable andarín y no hay caracol seguro en 20 leguas a la redonda. Por eso, estoy tan lustroso.

— De modo que tu sabiduría no te sirve más que para transparentarte de hambre y para llevar peor

ropa que las que escriben su nombre y su domicilio y el precio de la visita que eventualmente se les haga, hasta en los mástiles de los navíos del Pireo. ^e

Critóbulo castiga el descoco de la coqueta.

— Si Sócrates no va mejor ataviado, es porque quiere. Cada día lo engalanan con vestes nuevas sus admiradoras; y él se las traspasa al primer raído, que le sale al paso. En cuanto a comer, no te diré más que se disputan su sociedad, las mesas más opíparas de Atenas, para que vaya a animar la conversación en esos cementerios del discurso. Y no hay simposio de que no salga entre aplausos, en litera y con los bolsillos henchidos de regalos, que él tira a los gorriones del arroyo.

Teodota hace chascar los dedos, como si llamara al can; y acude una esclava.

— Trae mi manto de púrpura de Mileto — manda como una reina.

Aportan lo que pide y se lo echa a Sócrates sobre los hombros.

— Si sabes tanto como pregona la fama — dice la señora — este plumaje de pavo real debe adornarte a ti. Y si vienes cada semana a mi salón, a avivarme la tertulia, te asignaré unos honorarios de príncipe.

— Gracias, querida. Me prueban mejor los aires del campo. Pero, como no soy insensible a tus formas de estatua, y al vórtice de que eres centro, bracearé tal cual vez hacia esta playa, sin otro salario que el de ver si se ha perdido entre tu alegre mundo alguna idea.

Angel SAMBLANCAT



NUESTRA SECCION LITERARIA

"La Vida y los Libros"

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

La novela de SALOMÉ

III



UAN bautizaba en Batábara, de la otra parte del Jordán, y sus años por entonces eran unos treinta. En todo imitaba a Elías, porque—como dice Eça de Queiroz—carecía de originalidad. Andaba vestido de pelos de camello, con un cinturón de cuero ceñido a los lomos. Y comía langostas y miel silvestre. Acudían de Jerusalén y de todas partes de Judea para ser bautizados de él, y viendo a los fariseos y a los saduceos deciales: «¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira que vendrá?» Unos creíanle Elías y otros el Cristo, mas él declaraba no ser ninguno de los dos. «Voz del que clama en el desierto»: el precursor, el testificador, el bautizador para la remisión de los pecados. «Yo, a la verdad, os bautizo en agua; mas viene quien es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar encorvado la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espíritu Santo y fuego».

(El primero en agregar *santo* a la palabra *espíritu*, tengo leído que fué San Jerónimo.)

El Bautista debe ser Elías reencarnado. Antiguamente la Iglesia admitió la reencarnación como verdad espiritual sustentada y divulgada por Cristo. «En verdad, si un hombre no nace de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios». «El que ha nacido de la carne es carne, y el que ha nacido del espíritu es espíritu». «No os admiréis de lo que yo os he dicho, que era preciso que naciera de nuevo». «El espíritu sopla donde él quiere, y vosotros oís su voz, pero no sabéis de dónde viene ni adónde va; lo mismo le ocurre a todo hombre que ha nacido del espíritu». «ELIAS HA VENIDO YA». En verdad, entre todos los hijos que han nacido de mujeres no hay otro más grande que Juan, el Bautista. Y si queréis oír, ÉL ES EL MISMO ELIAS.

El torbellino que arrebató a Elías es la sustancia de Juan Bautista, venido otra vez al mundo. Menos manso que su pariente Jesús, menos dulce. Víboras llama a los pobres seres de arcilla, tratando de borrar su condición animal con el bautismo. Desea acabar cuanto antes para irse. Cuando viene el Jordán el Anunciado, el Predicho, tras de resistirlo mucho, dicele: «Yo he menester de ser bautizado de tí». «¿Y tú vienes a mí?» Hombre de soledad, parlador del lenguaje del cielo. Su elemento: el desierto. Puesto por Dios para excandecer esta cisterna. Anduvo con Eliseo, siendo Elías, los caminos ahora aparejados con Andrés, hermano de Simón Pedro. Modelo de desolación. Arquetipo de santos. Plano de la Iglesia futura... Herodes, poderoso, rey, lo juzga su espectro, y Herodías su enemigo.

«Porque el mismo Herodes había enviado y prendido a Juan y le había aprisionado en la cárcel a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, pues la había tomado por mujer». Porque Juan decía a Herodes: «No te es lícito tener a la mujer de tu hermano». Verdugos de la peor ralea, terribles monstruos, la rama entera de Herodes. An-

tes de Hyrkan húbolos de la clase más mísera: «pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda tributaria de Judá desde los tiempos del rey David». Ascendieron aupándose sobre su ruindad y villanía. Hyrkan el acéfalo protegió a Antipater, que «barría el templo de Ascalón». Vasallos de los romanos, vendidos a ellos—la manada de Judas—, son progenitores del caballo de Atila y del jinete, y generadores de Barrabás. Herodes el Grande ordenó la degollación de los Niños Inocentes y asesinó a su mujer Mariana, y a sus cuñados Aristóbulo y Costabaro, y a sus sobrinos Alejandro y Aristóbulo, y a Antígono. Es el asesino de todos los miembros del Sanhedrín, como su hijo Arquelaos el exterminador de 3.000 patriotas, y Antipas el degollador del Bautista y el crucificador de Cristo. Incestuoso, como Absalón, Judá, Ammón y Lot, Herodes Antipas fundó Tiberiades en honor del emperador Tiberio. Desterrado por Calígula, acabó sus días en España (¡qué vergüenza!) donde está enterrado.

Herodías, tan monstruosamente real, tan insospechadamente humana, llega a parecer un mito. ¿Mujer de piedra o piedra hecha mujer? Diosa que huye de su templo, o se evapora ante sus idólatras—los tiene—después de narcotizarlos. La crueldad palpitante, el pecado en acción... Nada la intima, ante nada retrocede. ¿Sería esta ibis la corruptora de Eva, tentada a probar el fruto prohibido? Siquiera Caín—un mundo rodando sin cesar por éste—, valiéndose de sus pies, camina: ella reptante. Condenada a arrastrarse—según una leyenda—hasta la consumación de los siglos como piedra fundamental de la degollación del Bautista. En resumen: Perséfone.

Repudió Antipas a su mujer, hija de Aretas, rey de Arabia, para abarraganarse con su cuñada Herodías, de la rama de los Makkaabi. Sus ascendientes vencieron y arrojaron de Hebrón a los Herodes (pastores, bandidos, conductores de caravanas, «et sic de ceteris»), e Hyrkan, para humillarlos, ordenó que se circuncidasen. El rey de los árabes, en venganza de lo hecho por Antipas a su hija, atacó a Felipe Boeto, que mandaba en Batania, corroborando este decir: «penitencia, tras de cuernos», como era evidente que pensaba lanzar contra su yerno las tropas acampadas en el Yemen y cuyas tiendas el tetrarca, intranquilo, oteaba desde su fortaleza. Roma no activaba el auxilio solicitado. ¿Por culpa de Agripa, hermano de Herodías?...

El hombre filósofo—Juan Lanas—que acepta el mal menor: Felipe. Al mudar de colchón su mujer, se encoge de hombros. Por medio, su hermano, con otro temperamento, enamorado de Herodías. Felipe no es para la ambiciosa y maligna que sueña con un imperio; mejor para una pastora de Esquel, que por sí mismo le amase. O su mujer no le ha comprendido o él no ha comprendido a su mujer. A fin de cuentas, prefiere las buenas relaciones con Antipas. El tercer hijo de Herodes el Grande, buen gastrónomo, es el menos sanguinario de los Herodes: el menos, efectivamente.

DEL CAMPO MANCHEGO

PENAS



Esol parece una enorme sandía de fuego que va goteando su acuosa omnipotencia sobre el rostro tostado, recio, sombrío, del gañán. Estamos en pleno verano. Hay dunas de dorado trigo y parvas de espigas en medio de las grandes eras redondas. La bota negruzca se eleva airosamente hacia arriba, rociando de vino blanco o tinto las secas gargantas de los campesinos. Aquí cerca se extiende como el desierto africano que tiene a Colomb-Bechar por montera, la inmensa sábana ondulosa de los trigales, y de los cárdenos barbechos que la aguda reja del arado romano, hirió en lo más íntimo. Hay un silencio flotante que explica el carácter taciturno, meditativo y concentrado del pueblo castellano. Y silencio en los caminos y regatos que cruzan la inmensa llanura, sucediéndose unos a otros, sin jalones ni simetría, espontáneamente, anárquicamente, marcados por ese signo inequívoco de co-

Antipas gozaba del favor del César, y Agripa le odiaba. Del mismo modo aborrecía a su hermana Herodías, madre de Salomé. Entrambos Herodes meditaban causarse el mayor daño poniendo en juego sus influencias. Antipas contaba con el apoyo de Tiberio, y Agripa esperaba tenerlo del sucesor. Pero aún impera el feroz Tiberio, y en Roma había aterradoras cárceles y temibles verdugos. Herodías maquinaba perder a su hermano quien, con sus hijos Agripa y Berenice, residía en la ciudad de las siete colinas. Familia de alacranes, se devoran entre ellos cuando no tienen a quien devorar. Censurada ahora por su divorcio, mal visto de los romanos de pro: por sus amores ilícitos con Antipas, a cara de los principales del Imperio: por sus afrentosas liviandades, que Agripa es el primero en reprocharle. Empieza el idilio «con las conversaciones, allá abajo, en el Atrium, y los encuentros en las Termas, y los paseos a lo largo de la Vía Sacra, y las noches pasadas en las villas de la campiña romana, bajo los arcos de rosas, entre el murmullo de los surtidores».

Antipas envejece de prisa, y también Herodías. Urge quitar de en medio a Agripa, amigo de Cayo, presentándole como conspirador ante Tiberio, enérgico de tomo y lomo. Herodías conoce que sus amores reales alcanzan el ocaso y teme ser despedida igual que una criada innecesaria por Antipas. En previsión ha hecho venir a Roma a Salomé, a fin de convertir al tetrarca en un chucho dócil.

Salomé está todavía madurando; es como fruto de tentación. Diablejos artistas han puesto en esta figura—color canela con fulgores de oro—sin mando, dejándola caer desnuda del infierno. Carne triunfante, que a su ya esclavo Antipas enloquece y, presa de lubricidad, en el fragor de la bacanal, claudica...

(Acabará en el próximo número.)

J. M. PUYOL.

mún utilidad social que representa la herradura del animal o la rueda del carro.

«Los campos de Montiel», como llama Cervantes en su libro inmortal, no cantan nunca; pero hay sobre ellos el fecundo susurro del trabajo, del eterno esfuerzo del hombre por alcanzar el bienestar y la justicia que se le escapan siempre.

Es tremendo aquí el esfuerzo laborioso del hombre y de la mujer. A la tacañería natural de la tierra, seca por dentro, como la garganta de un camellero perdido, hay que arrancarle una cosecha anual, hincando el arado en sus senos, sin compasión, sin reloj, sin derechos sociales. El labriego castellano tiene la facultad de exclamar: «¡Con el sol me acuesto y con el sol me levanto!»

Por eso el problema social de La Mancha tiene raíces muy hondas y aires de justísima violencia reivindicativa. El régimen político de la tierra está sujeto, de tiempo inmemorial, a la iniquidad del latifundio. ¡Hombres sin tierra; tierra sin hombres! Grandes mayorazgos explotan las zonas más fértiles, destinando millares y millares de «fanegas» a la cría de ganado lanar y vacuno, cuyos pingües beneficios van a engrosar las cajas insaciabiles del conde o del marqués, residente en la capital, y a quien nadie conoce excepto el mayordomo. Este tipo social (insocial) suele ser autoritario, analfabeto y servil. Dueño visible de la «Quintería» dispone de vidas y haciendas (derechos y deberes) de los trabajadores al mejor servicio de «su señor», al que visita una vez al año en Madrid, rindiéndole cuentas y entregándole ganancias, enormes y nunca sudadas ganancias. El mayordomo suele empezar su función pobre y sale de ella rico.

Ahora las amapolas bordan lunares encarnados sobre la falda del cerro o del ancho llano, que expelen grato perfume a tomillo, romero y manzanilla. «La Quintería», blanca y sola, parece como si se incendiara de rojo y yema al ser tocada por los dedos tremendos del crepúsculo. Hay rojo en las pupilas de los hombres hambrientos de pan y de justicia; rojo manzano en las mejillas de las mozas morenas, cuyos refajos anchos y airosos les prestan encantos de verdaderas dulcineas. El sueño amoroso de Don Quijote no fué una utopía.

Pero en el campo y en los pueblos de cal y de piedra, mezclada con la tierra parda de los caminos y de los regatos, corren hilos de sangre que van formando ese barro terrible, espantoso, mortal, de la guerra civil.

Han pasado los años y con el grito histórico de «arriba España», se ha venido abajo Castilla. La noche tenebrosa y sucia lo envuelve todo como si fuera un grandioso sudario de impotencia, de pena, de miedo, de muerte. Hay tanto o más luto en la intimidad de las almas que el que se lleva visible sobre las chatas solapas de las chaquetas de pana.

«Aprovechan las noches sin luna para matar a los hombres a racimos, sobre las blancas tapias del cementerio», me decía en una carta cierto amigo incoloro, vecino de Manzanares, allá en las postrimerías del año 1940.

El drama humanicida de la región manchega, después del triunfo militar del fascismo, es de proporciones inauditas. Conciencia caciquil y clerical fundida, no se da ninguna atenuante que reprima los instintos desatados de la bestia reaccionaria. Como inspiración tiene la sacristía y

como sostén la «renta». Renteros, mayordomos, caciques, señoritos sin carrera, sacristanes y «civiles de puesto», he ahí la nómina militante pasada y presente de falange española manchega... juventudes inclusive.

Y ALEGRÍAS

Bajo el frío manto de enero se verifica en la región manchega la típica cosecha del azafrán. Argamasilla, Alcázar, Cinco Casas, Membrilla, Villarrobledo (villas labriegas de la provincia de Ciudad Real que son caminos de polvo y de leyenda immortalizados por la planta augusta de Rocinante y el fiel asno de Sancho Panza) rivalizan en esta época en la noble y fecunda prueba de la recolección azafranera.

Pequeñas parcelas de tierra son dedicadas a este cultivo, pero ellas se extienden en gran número sobre la inmensa planicie de los campos de Montiel. Es la más rentitiva y la más popular de todas las diversas recolecciones agrícolas que se hacen en la comarca. El azafrán tiene aplicaciones tan dispares como útiles. En el arte culinario, en la farmacopea, en la tintorería, etc. Internacionalmente es una especie muy apreciada que llega a cotizarse a precios extraordinarios. Podría escribirse sobre este rico fruto de la tierra española, y realzar como merece el cálido romance y el hondo valor social que representa la participación espontánea, jocunda y cooperativa del pueblo laborioso en las faenas de la recolección y mondadura de la flor.

¡Poesía del campo y verso de la vida! Es un espectáculo natural de una hermosura poco común, el que nos brinda la recogida de la rosa del azafrán en una iridiscente mañana de enero. Hay que convenir (en oposición a algunos aspectos ásperos, inicuos y salobres de la prosa azoriniana) en que Castilla, la ancha y luminosa Castilla, tiene sus encantos naturales traducidos en jardines, viñedos, trigales, huertas, en agua caminera, en pájaros, en árboles y en flores.

Las flores del azafrán, por ejemplo, a diferencia de las otras flores, tienen por cuna y maceta la pura tierra madre, y por alfiler, el rayo brillante del sol que la prende al pecho de la laboriosidad jocunda de las mujeres, y de una evidente utilidad social. La rosa del azafrán no sirve para pasear vanidades ni para adornar rejas sin novio, ni altares sin alma.

El amanecer manchego es ahora terriblemente frío. El agua que quedó olvidada en el fondo del cubo aparece encristalada, blanca, pétrea, con una dureza casi polar. Los negruzcos canales del tejado sostienen colgando largos «chupones» de hielo; el verdor de los árboles desaparece bajo un espeso manto de escarcha. Y el campo es todo una inmensa sábana nivea de la que sólo descuellan innumerales majanos de piedra, algodonados y redondos.

Cuando Febus, con no pocos esfuerzos, comienza a rasgar lentamente aquel denso manto blanco que lo cubre todo... con el primer rayo de sol aparece, también, la primera sonrisa de mujer. Una se busca a la otra, de puerta en puerta, de casa en casa. Cuando se juntan diez o doce zagalas, cantando y riendo se dirigen en tropel hacia el azafranar.

Aún no se distingue éste del sembrado, del rastrojo o de la viña, cuyos sarmientos fríos y agudos, como dedos de muerto, arañan las gruesas pantorrillas de las «mozas» que saltan por encima, simulando temor. Y pronto los rayos del sol logran ir despojando a la azulada rosa del azafrán de ese acuoso velillo blanco que la cubre. Allí está en todo su esplendor el plantel cuadrado del azafranar, cuyas flores han nacido todas, absolutamente todas, durante el curso de la noche, concebidas por obra y gracia de la madre tierra.

La eclosión de la luz, el azul amarillo y grana de las flores, los cantares y risas desbordadas de las muchachas que van arrancando con sus manos ligeras el tallo de la flor, saltando como alondras de surco en surco, mientras bandas de pájaros celebran por el aire la fiesta solar, es realmente un cuadro de una poesía y una belleza incomparables.

Y por la noche la faena de mondar la flor en grandes mesas pletóricas de fruto, toman asiento buen número de jóvenes (mozos y mozas) que bajo la presencia tolerante de los viejos, desnudan con agilidad sorprendente, la ya mustia florecilla.

De estas reuniones laboriosas, de un marcado acento anárquico-popular, sin bases, sin horarios, sin soldada, surgen como resultado final grandes montones hilados de azafrán. De ellos, una buena parte corresponde al que lo produjo, y el resto queda para el dueño del «plantel», que trabaja, también, como uno más, dentro del corro mondadador.

Durante la labor, que suele estirarse hasta la madrugada, se comentan jocosamente los acontecimientos vecinales, se critica la osada intromisión de las «damas catequistas» en la libre conciencia de la gente; se censura crudamente al Gobierno, siempre malo en España; se dicen acertijos libertinos; se toca, se canta, se baila, y los corazones jóvenes enervorizados por la sugestión de las flores y el enardecimiento de la carne, conciertan, sin hablarse, el compromiso tácito de futuras bodas. Por que:

La rosa del azafrán
se coge por la mañana.
Y los novios la desnudan
con besos de amor y sueños
en la nocturna ventana.

C. LIZCANO

POETAS DE AYER Y DE HOY

NIÑOS DESCALZOS

(Estos versos nos llegan de una cárcel de España. Con ellos se presenta un hombre nuevo y un poeta).

Pies desnudos
Blanca nieve
Pies de nácar
sobre el césped...
¡Pies de niños!
Pies tan breves
como pájaros
de juguete.

Nubes pardas.
Cielo verde.
Nubes negras
de agua y nieve.
Pies sin rumbo
sobre el césped.
Sueños nómadas.
Negra suerte...

—¡«Tengo frío»
clama el nene—.
«Tengo miedo
de perderme
en la sombra
ancha y breve...»
Pies de niños
de juguete...
Risa roja;
bura frente;
ojos limpios,
alma alegre...

—¡Mamá, mira
—ríe el nene—
cae azúcar
sobre el césped...
cae azúcar
del celeste
bello cielo!»,
dice el nene.
Risa roja;
alma alegre.
¡Pies que vagan
por la nieve!...

EL CABALLERO DE LA NOCHE.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETÓN DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garra de Sevilla y anzuelo de las bolsas. Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y fes-

tivas. Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador, «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

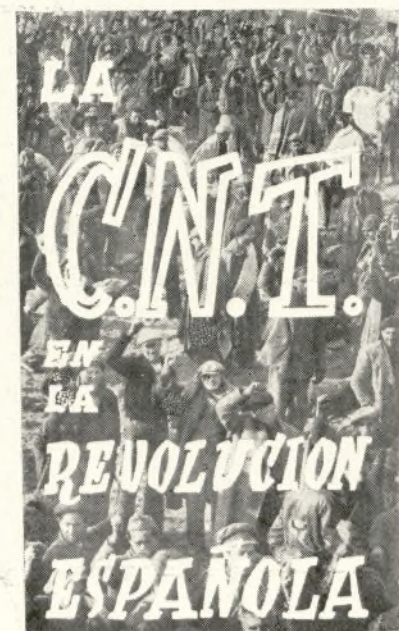
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X), C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos